

**Audiolibro Servidumbre Humana W**  
**Somerset Maugham Cap Tulos 57 Al**  
**67**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ¡Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Kevin Vance** (*Apple Valley*) - - - - 57. Philip llegó a la estación Victoria casi con media hora de anticipación. La joven no llegaba. Empezó a sentirse inquieto y salió al andén para acechar la llegada de los trenes suburbanos. La hora de la cita había pasado y a Mildred no se la veía por parte alguna. Se impacientó. Inspeccionó la otra sala de espera. De pronto el corazón le dio un brinco. — ¿Está usted aquí? Creí que no había venido. — Tiene gracia. ¡Después de haberme hecho esperar tanto tiempo! Ya me volvía a casa. — Pero me había dicho usted que la esperase en la sala segunda. — Yo no he dicho nunca una cosa parecida. ¿Por qué me iba a meter en la sala de segunda si puedo estar en la de primera? Aun estando seguro de no haber cometido ningún error, Philip no replicó. Tomaron un carruaje. — ¿Dónde vamos a comer? — preguntó la joven. — Había pensado que fuéramos al Adelphi. ¿Le conviene? — Me da lo mismo. Hablaba sin gracia. Enfadada por haber tenido que esperar, respondía con monosílabos. Llevaba un largo abrigo de tela oscuro y lucía una toquilla de ganchillo en la cabeza. Cuando llegaron al restaurante tomaron asiento. La muchacha miró satisfecha a su alrededor. Las pequeñas pantallas color de rosa que velaban la llama de las velas que estaban sobre la mesa, el oro de la decoración y los espejos daban a la sala un aspecto suntuoso. — No había venido nunca aquí. Sonrió a Philip mientras se quitaba el abrigo. El joven notó entonces que su acompañante llevaba un vestido azul celeste con el escote cuadrado y que iba peinada más cuidadosamente que nunca. Philip pidió champaña. Cuando lo sirvieron, los ojos de la muchacha brillaron de alegría. — ¡Sabe usted hacer bien las cosas! — exclamó. — ¿Porque he pedido vino espumoso? — preguntó Philip negligentemente, como si nunca hubiera bebido otra clase de vino. — Cuando me invitó a ir al teatro me quedé asombrada. La conversación era difícil porque Mildred no tenía en verdad mucho que decir. Philip, sospechando que no la divertía, se puso nervioso. La muchacha escuchaba distraídamente sus palabras y miraba a los ocupantes de las otras mesas sin hacer caso de él lo más mínimo, ni siquiera por cortesía. El joven arriesgó un par de chanzas, que fueron tomadas en serio. El único signo de vivacidad que acertó a obtener de la joven fue cuando se le ocurrió hablar de la sala de té y de sus compañeras. Mildred dijo entonces que no podía sufrir a la directora, contando a continuación todos sus defectos con gran lujo de detalles. — Se da unos aires... A veces me vienen deseos de echarle en cara una cosa que no se imagina ni por asomo que yo pueda saber de ella. — ¿Qué es ello? — Figúrese que supe por casualidad que a menudo va a pasar el fin de semana en Eastbourne en compañía de un hombre. Una compañera mía tiene una hermana casada que va con su marido y la ha visto. Estaban en la misma pensión y la directora llevaba un anillo matrimonial. Pero nosotras sabemos de cierto que no está casada. Philip le llenó el vaso con la esperanza de que el vino espumoso la pusiera más amable. Deseaba que aquella pequeña fiesta resultara agradable para los dos. Notó que Mildred sostenía el cuchillo como si fuera un mango de pluma y que bebía encaracolando el meñique. Intentó lanzar algunos argumentos de conversación, pero sin lograr animarla. Recordó entonces, sumamente irritado, que la había visto hablar y reír alegremente con el alemán. Terminaron de cenar y fueron al teatro. Philip, joven culto, consideraba la opereta con cierto desdén; la letra le parecía vulgar y las melodías más vulgares aún. Tenía la impresión de que aquel género era bastante mejor en Francia. Pero Mildred se divertía y reía a más no poder mirando jubilosamente a Philip y aplaudiendo con verdadero entusiasmo. — Es la séptima vez que oigo esto — dijo la joven después de terminar el primer acto — y tendré que venir otras siete veces. Se interesaba mucho por sus vecinos de butaca e hizo notar a Philip las que iban maquilladas y las que llevaban cabellos postizos. — Son horribles estas mujeres del West End. No sé cómo pueden salir a la calle así — se tocó el cabello —. Es todo

mío, ¿sabe usted? No encontraba ninguna persona que mereciera su aprobación; de todo el mundo hablaba con aspereza. Esto fastidiaba a Philip. Estaba seguro de que al día siguiente contaría a sus compañeras que él la había llevado al teatro y que la había aburrido soberanamente. En suma, Mildred no le era simpática. Y a pesar de ello, sin saber por qué, deseaba estar con ella. Por la calle le preguntó: — ¿Se ha divertido usted? — Bastante. — Entonces, ¿saldrá usted cualquier otra noche conmigo? — ¿Por qué no? Aquel género de respuesta le irritaba y la frialdad que demostraba la joven le exasperó. — En suma, que no le gusta a usted mucho salir. — ¡Oh, si no me acompañara usted, saldría con algún otro! No faltan nunca hombres dispuestos a llevarme al teatro. Philip permaneció en silencio. Al llegar a la estación se paró junto a la taquilla. — Tengo abono — dijo la muchacha. — Puesto que es tan tarde, pensaba acompañarla a su casa, si no la molesta. — ¡Oh, por mí es indiferente! Si tiene usted gusto en ello... Philip tomó los billetes de primera clase: uno de ida para ella y otro de ida y vuelta para él. — Bien, hay que reconocer que no es usted avaro — observó Mildred mientras el joven abría la portezuela del departamento. Entraron otros viajeros, así que no fue posible hablar mucho. Philip no habría podido decir si hallaba alivio o disgusto en tal cosa. Llegaron a Herne Hill y el joven la acompañó hasta el ángulo de la calle donde vivía la tía de Mildred. — Nos despediremos aquí — dijo la muchacha tendiéndole la mano—. Es mejor que no venga usted hasta la puerta. Conozco a mis vecinos y no me gusta que chismorreen. Se alejó rápidamente; en la oscuridad se veía su toquilla blanca. El joven pensaba que Mildred se volvería, pero Mildred entró en su casa sin volver la cabeza una sola vez. Minutos después Philip se acercó a la casa para observarla. Se trataba de una casita de ladrillos igual a todas las de la calle. Permaneció contemplándola algunos minutos hasta que vio apagarse la luz que se había encendido en el piso superior. Entonces volvió lentamente hacia la estación. La velada no le había satisfecho. Sentíase irritado, inquieto e infeliz. Una vez en la cama le pareció verla sentada en el ángulo del vagón, con la toquilla blanca en la cabeza. ¿Cómo pasaría las horas hasta el momento de volverla a ver? Medio dormido, pensaba en su menudo rostro de facciones delicadas y en la palidez verdosa de su piel. Anhelaba verla junto a sí, mirarla, tocarla; deseaba... La idea se presentó en su mente, pero no se concretó. De improviso se vio completamente despierto... Sí, deseaba besar aquella boca pálida y de labios entreabiertos. Finalmente la verdad apareció ante él con toda claridad: estaba enamorado de ella. Era algo que le parecía increíble. Había pensado a menudo en el día en que se enamoraría. Se había figurado la escena infinidad de veces. Entraba en un salón de baile y sus ojos tropezaban con un grupo de hombres y mujeres que hablaban. De pronto se volvía una de las mujeres, se encontraban sus ojos con los de él y la misma impresión quitaba por un momento la respiración a ambos. Permanecía inmóvil, contemplándola. Era alta, morena y bella, con los ojos oscuros como la noche. Estaba vestida de blanco y entre los cabellos negros centelleaba un adorno de brillantes. Se miraban fijamente, olvidándose de todos los que les rodeaban. Ambos sentían que la formalidad de una presentación hubiera estado fuera de lugar... 58. Al día siguiente se despertó temprano y su primer pensamiento fue para Mildred. Le vino a las mientes que debería ir a su encuentro en la estación Victoria y acompañarla hasta la sala de té. Se afeitó rápidamente y tomó el ómnibus para ir a la estación. Llegó a las ocho menos veinte y empezó a acechar la llegada de los trenes. Descendía de ellos una gran cantidad de gente: empleados y dependientes que se apresuraban a ganar la puerta de salida. A veces iban de dos en dos, pero lo más frecuente era que salieran de uno en uno. La mayoría estaban pálidos y eran feos en aquella hora matutina. Tenían un aire ausente. Los más jóvenes caminaban con ligereza, como si el cemento del andén fuese una mullida alfombra; pero los otros caminaban maquinalmente. El rostro de algunos revelaba ansiedad y tenían la frente fruncida. Finalmente, Philip vio a Mildred y fue a su encuentro. — Buenos días — dijo—. Se me ha ocurrido venir a preguntarle cómo le había sentado la velada de ayer. La joven llevaba un viejo abrigo de color castaño y una gorra a la marinera. Era evidente que no le había producido ningún placer al verle. — ¡Oh!, estoy perfectamente. No tengo mucho tiempo que perder. — ¿Me permite usted acompañarla, por Victoria Street? — No me sobra tiempo y es necesario que vaya de prisa — respondió al joven mirándole el pie. El joven enrojeció. — Le pido perdón. No quiero hacer que se retrase. Mildred continuó calle adelante y Philip, con el corazón encogido, volvió a su casa para desayunarse. La detestaba. Sabía que era una locura hacer caso de aquella tonta. Seguramente ella no había sentido nunca ni una sombra de afecto por él, y quizás habría contemplado su pie con disgusto. Decidió no ir aquel día a tomar el té. Pero llegado el momento fue como de costumbre, sintiéndose furibundo contra sí mismo. La muchacha le acogió con una sonrisa. — Me habrá usted encontrado un poco brusca esta mañana. Pero no esperaba verle. Ha sido una sorpresa. — ¡Oh, no importa! Al joven le pareció que un gran peso se le quitaba del corazón, experimentando infinita gratitud hacia ella por aquella frase amable. — ¿Por qué no se sienta? — preguntó—. En este momento no la llama nadie. — Si, lo desea... El joven la miró, pero no supo qué decir. Buscaba en su cerebro ansiosamente una frase que la enterneciese. Hubiese querido explicarle lo que sentía por ella. Mas ahora que estaba enamorado en serio no sabía hablar de amor. — ¿Dónde está su amigo, el de los bellos bigotes? Hace algún tiempo que no le veo. — Ha regresado a Birmingham.

Tiene sus asuntos allá. Viene a Londres de vez en cuando. — ¿Está enamorado de usted? — Pregúnteselo a él — dijo riendo la joven—. No sé por qué le interesa a usted saber si lo está o no lo está. Una respuesta amarga se le ocurrió a Philip, pero había aprendido a dominarse. — Y yo no sé por qué me habla así — fue toda la observación que se permitió hacerle. La joven le miró con su acostumbrada indiferencia. — Me parece que no le intereso mucho — prosiguió Philip. — ¿Por qué me iba usted a interesar? — Tiene razón. Alargó la mano para coger el periódico. — ¡Qué enojadizo es usted! — dijo Mildred viendo el ademán—. Se ofende en seguida. Philip sonrió y la miró con aire suplicante. — ¿Quiere usted hacerme un favor? — preguntó. — Depende de lo que sea. — Déjeme que la acompañe esta noche a la estación. — ¿Por qué no? Después del té Philip volvió a casa, pero a las ocho en punto, hora en que se cerraba el salón de té, ya se encontraba esperando en la puerta. — Es usted todo un tipo — dijo la joven reuniéndose con Philip—. ¿Me creerá si le digo que no le comprendo? — Y, sin embargo, no me parece una cosa tan difícil — fue la respuesta, un poco amarga, del joven. — ¿Ninguna de las chicas ha visto que usted me esperaba? — No lo sé ni me importa. — Le tomarán el pelo, ¿sabe usted? Dicen que siente usted una gran pasión por mí. — No me importa nada que lo digan. — ¡Vamos, vamos! ¡Qué hombre más irritable! En la estación Philip tomó un billete y declaró que la acompañaba hasta su casa. — Me parece que no tiene usted nada que hacer — observó la muchacha. — Puedo emplear el tiempo como me plazca, ¿verdad? Parecía estar siempre en plan de riña. En realidad, Philip no podía perdonarse el hecho de amarla. La joven parecía como si constantemente buscara la ocasión de humillarle, y el resentimiento de él aumentaba cada vez. Pero aquella noche Mildred estaba de buen humor y más bien habladora. Le contó que sus padres habían muerto y le hizo comprender que no tenía necesidad de ganarse la vida, sino que trabajaba por diversión. — Mi tía no está contenta con que yo trabaje como camarera. Podría tener todo lo que quisiera en mi casa. No crea que trabajo por necesidad. Philip sabía perfectamente que no decía la verdad. La clase burguesa a que Mildred pertenecía miraba con cierto prejuicio a los que tenían que ganarse la vida. — Mi familia está muy bien emparentada — añadió. Una leve sonrisa apareció en los labios de Philip y la joven se dio cuenta de ello. — ¿Por qué se ríe? — dijo vivamente—. ¿No cree usted que le digo la verdad? Mildred le dirigió una mirada recelosa, pero por un instante no pudo resistir a la tentación de impresionarle con el relato de sus esplendores de otro tiempo. — Mi padre poseía coche y teníamos tres personas de servicio: cocinera, camarera y un criado. Cultivábamos rosas magníficas. La gente se paraba delante de la cancela para preguntar de quién era aquella casa con unas rosas tan bellas. Verdaderamente no es muy agradable para mí el contacto con las camareras del local, y, a veces, pienso seriamente en dejarlo todo. No es el trabajo lo que me fastidia, sino el ambiente. Estaban sentados el uno enfrente del otro en el tren, y Philip, escuchando con simpatía su charla, sentíase feliz. La ingenuidad de la joven le divertía y le conmovía también un poco. Un levisimo tinte rosa había brotado en sus mejillas. El joven pensó que sería una cosa maravillosa darle un beso en la punta de la barbilla. — En cuanto usted entró en el café me di cuenta de que usted era un gentleman en toda la extensión de la palabra. ¿Su padre de usted tenía carrera? — Era médico. — Los hombres de carrera se conocen en seguida. Tienen algo diferente de los demás. No sé qué es, pero yo me doy cuenta en el acto. Salieron de la estación. — ¡Oiga! Querría llevarla a usted a otro teatro. — ¿Por qué no? — ¿Podría usted decir, además, que le agradaría? — ¿Por qué? — Bien, no importa. Fijemos un día. ¿Le conviene a usted el sábado por la noche? — Sí, me parece muy bien. Acordaron la cita mientras llegaban a la esquina de la calle. La joven le tendió la mano y Philip la retuvo. — Siento un gran deseo de llamarla Mildred. — Hágalo, no me importa nada. — Y usted me llamará Philip, ¿verdad? — Sí; le llamaré así, si me acuerdo. Me parece más natural llamarle mister Carey. Philip la atrajo hacia sí ligeramente, pero la muchacha se echó hacia atrás. — ¿Qué hace? — ¿No quiere usted darme un beso? — susurró Philip. — ¡Impertinente! Retiró vivamente la mano y apresuradamente se dirigió hacia su casa. Philip compró las localidades para el sábado por la noche. No era uno de los días que Mildred podía salir más pronto y, por lo tanto, no tenía tiempo de ir a su casa para cambiarse de ropa, pero pensaba llevarse un vestido por la mañana y ponérselo al salir de la tienda. Si la directora estaba de buen humor, la dejaría salir a las siete. Philip debía ir a esperarla a las siete y cuarto. Esperaba aquel momento con angustia e impaciencia, pensando que en el coche, desde el teatro a la estación, Mildred le permitiría seguramente besarla. El carruaje ofrecía la posibilidad de pasar el brazo en torno a la cintura de la muchacha, mucho mejor que el taxímetro de hoy, y la alegría compensaba con creces lo que iba a costarle la velada. Pero cuando en las primeras horas del sábado fue a tomar el té para quedar seguro a la hora de la cita, vio salir al individuo que se había hecho súbdito británico adaptando su nombre, pues vivía en Inglaterra desde hacía algunos años. Philip le había oído hablar y, aunque emplease el inglés correctamente y con naturalidad, poseía un levisimo acento extranjero. Sabía que hacía la corte a Mildred y que estaba terriblemente celoso, pero se consolaba pensando en la frialdad que, por otra parte, era el primero en sufrir. Creyéndola incapaz de una pasión, pensaba que su rival no podía ser más afortunado que él. Sin embargo, sintió que el corazón se le encogía al pensar en que la aparición de Miller podía tal vez impedir la velada, cuyo placer había saboreado de

antemano. Entró pálido de angustia. Mildred fue a preguntar lo que deseaba y luego le llevó el té y la cuenta. —Estoy desolada —le dijo con expresión de verdadero desconsuelo—, pero esta noche no puedo salir. —¿Por qué? —No ponga usted esa cara tan seria —dijo riendo la muchacha—. No es culpa mía. Mi tía se sintió mal anoche y hoy es el día que le toca salir a nuestra criada. Estoy, pues, obligada a quedarme en casa. No puedo dejarla sola, ¿no le parece? —¿Qué lástima! Eso quiere decir que en vez de lo que teníamos proyectado la acompañaré a usted a su casa. —Pero usted ha tomado ya las localidades y es lástima perderlas. Philip las sacó del bolsillo y las rompió en pedacitos. —¿Por qué hace usted eso? —No se imagine usted que yo puedo ir solo a oír una opereta estúpida. Había tomado las localidades por usted. —Tampoco puede usted acompañarme a casa, si ésta es su idea. —¿Ha combinado usted alguna otra cosa? —No sé lo que quiere usted decir. No es culpa mía si mi tía está sola. Emborrónó rápidamente su cuenta y se alejó. Philip conocía demasiado poco a las mujeres, pues de otro modo habría sabido que es necesario aceptar todas sus mentiras, aun las más claras. Decidió apostarse cerca de la sala para ver si Mildred salía sola. A las siete se situó en la acera opuesta. Miró en torno, pero no vio a Miller. Al cabo de diez minutos vio salir a la joven con el abrigo y la bufanda que llevaba la noche que salió con él. Por lo tanto no se marchaba a su casa. Mildred le descubrió antes de que él hubiera tenido tiempo de esconderse; tuvo un ligero sobresalto y se dirigió hacia él. —¿Qué hace aquí? —Estoy tomando el aire. —¿Me está usted espiando, estúpido! ¡Y yo que le creía un hombre! —¿Y cree que un hombre iba a interesarse de verdad por usted? Un demonio interno le impulsaba a decir cosas ofensivas, a empeorar la situación. Deseaba herirla como ella le hería a él. —Tengo derecho a cambiar de idea si se me ocurre. No estoy obligada a salir con usted. Le digo que voy a casa, y no quiero que se me siga ni que se me espíe. —¿Ha visto a Miller hoy? —Eso no le atañe a usted. Y por lo demás no le he visto. También esta vez se equivoca. —Pero yo le he visto salir. Salía cuando yo entraba. —Y aunque así fuese, ¿es que no puedo salir con él si se me ocurre? No sé qué puede oponer usted a ello. —Pero me parece que se hace esperar, ¿no? —Prefiero esperarle a él mejor que usted me espere a mí. Dé la vuelta y váyase a su casa. Abandone el campo y en adelante preocúpese sólo de sus cosas. De pronto el humor de Philip pasó de la cólera a la desesperación, y con voz temblorosa dijo: —No sea usted mala conmigo, Mildred. Usted sabe que la quiero mucho. Creo que la amo con todo el corazón. ¿No puede usted cambiar de idea? ¡Era tan feliz ante la perspectiva de esta velada! Ya ve usted que no ha venido todavía. Evidentemente se está burlando de usted. ¿Por qué no viene a cenar conmigo? Tomaré otras localidades e iremos adonde usted quiera. —Le he dicho que no. Es inútil insistir. Lo he decidido, y cuando yo decido una cosa no cambio. Philip la miró durante un momento. Sentía su corazón lacerado por la angustia. La gente pasaba con andar rápido junto a ellos. Carruajes y ómnibus se arrastraban produciendo un gran estrépito. Vio que los ojos de Mildred estaban fijos en el gentío. Evidentemente temía que Miller se le escapara. —No puedo seguir así —gimió Philip—. Es demasiado degradante. Si me voy ahora será para siempre. Si no viene usted conmigo esta noche no me verá nunca. —¡Figúrese qué disgusto! Todo lo más que puedo decir es tanto mejor. —Entonces, adiós. Hizo un ademán de despedida y se alejó lentamente, cojeando, con la esperanza de que le llamara. Al llegar al primer farol se detuvo y volvió la cabeza para mirar. Esperaba que le haría una seña. Estaba dispuesto a olvidarlo todo, dispuesto a cualquier humillación, pero la joven se había vuelto a mirar a otro sitio y seguramente no pensaba ya en él. Philip comprendió que estaba contenta de haberse librado de su presencia. 59. Philip pasó una velada tristísima. Había dicho a la patrona de la casa que cenaría fuera, por lo que no tenía nada preparado. Viose obligado a ir a Gatti. Después de cenar regresó a su casa, pero en la habitación de encima, Griffiths y sus amigos estaban de jolgorio y el ruido hacía aún más insoportable su desolación. Se refugió en un café, pero era sábado y no había sitio para sentarse. Tras de media hora de aburrimiento se sintió cansado y volvió a su casa. Intentó leer, pero no acertaba a fijar su atención y, sin embargo, era necesario estudiar. El examen de biología se verificaría un par de semanas después, y, aunque la asignatura era fácil, Philip estaba convencido de que no sabía nada. En los últimos tiempos había faltado mucho a las clases. Se trataba, sin embargo, sólo de un examen oral y seguramente en quince días podría saber bastante para cubrir el expediente. Tenía fe en su propia inteligencia. Rechazó el libro y se absorbió desesperadamente en el pensamiento que le ocupaba sin tregua. Se reprochó con amargura su actuación de aquella noche. ¿Por qué la había puesto en la alternativa de cenar con él o no verse nunca más? La negativa era segura. Hubiera debido evitar herirla en su amor propio. Había quemado sus naves. Le hubiese sido más fácil soportar aquel dolor si hubiera sabido que Mildred también sufría. Pero la conocía muy bien y sabía que le era completamente indiferente. Debía haber fingido, si no hubiera sido tonto, que creía en su historia; debía haber escondido su desilusión y mostrarse dueño de su cólera. No sabía por qué la amaba. Había leído las idealizaciones que se dan en el amor, pero él la veía exactamente como era, ni divertida ni inteligente, dotada de una mente vulgar y de una astucia y tendencia al engaño más vulgar aún. No había en ella ninguna generosidad, ninguna dulzura. Una burla de mal género hecha a una persona que fuera de buena fe provocaba su admiración. Se quedaba

satisfecha cuando podía «dársela» a alguien. Recordando la seudofinura con que comía la joven, Philip sintió un estremecimiento. Mildred no soportaba los términos groseros y tenía la pasión de los eufemismos en la medida que consentía su limitado vocabulario. Encontraba muchas palabras inconvenientes. No hablaba nunca de los pantalones, sino de «la parte inferior del traje». Y le parecía indecente sonarse y cuando se veía obligada a hacerlo, pedía infinidad de excusas. Estaba muy anémica y sufría dispepsia. Philip encontraba desagradable su pecho liso, sus caderas demasiado estrechas y detestaba la vulgaridad de su peinado. Se odiaba y se despreciaba a sí mismo porque la amaba. Sentíase perdido. Experimentaba la misma sensación que a veces sufría en el colegio bajo las garras de un muchacho mayor que él. Había luchado todo lo que sus fuerzas le permitían y al final le quedaban los miembros atacados por la parálisis. Parecía muerto. Ahora le atacaba la misma debilidad. Amaba a aquella joven como no había amado nunca. No le importaban nada sus defectos; mejor dicho, carecían para él del menor significado. Pero sucedía a veces que, por la calle, se encontraba con alguna muchacha que se parecía a Mildred; entonces el corazón parecía parársele y no podía menos de apresurar el paso lleno de ansiedad; pero se trataba siempre de una desconocida. Los estudiantes volvieron por fin de sus vacaciones y Philip fue a tomar el té, en compañía de Dunsford, a un A B C. Sentíase tan infeliz que le era imposible hablar. Le vino al pensamiento que quizá Mildred había cambiado de establecimiento y que por lo tanto se la podía encontrar cuando menos lo esperaba. Esta idea lo llenó de sobresalto, temiendo de paso que Dunsford se diera cuenta de su extraño humor. No encontraba una frase a propósito que decir y fingió escuchar atentamente la charla de su amigo. Pero la conversación le irritaba hasta tal punto que tuvo que hacer grandes esfuerzos para no pedir a su compañero que se callara por amor de Dios. Llegó el día del examen. Philip se acercó a la mesa con la mayor confianza en el resultado. Respondió a tres o cuatro preguntas. Luego le fueron mostrados diversos órganos, pero había asistido a poquísimas lecciones y, en cuanto fue interrogado sobre lo que no podía aprender en el libro, no supo qué decir. Hizo todo lo posible por esconder su ignorancia y los examinadores no insistieron. Pasaron diez minutos y el joven salió de allí seguro de que le aprobarían. Pero al día siguiente, cuando se acercó a ver los resultados junto a la puerta, no encontró su número entre los aprobados. Estupefacto, releyó la lista tres veces. Dunsford se hallaba a su lado. — ¡Cuánto siento que te hayan calabaceado! No se había dado cuenta de la verdad hasta entonces. Philip se volvió y en el rostro radiante de su compañero leyó que éste había sido aprobado. — ¡Oh, no importa! — exclamó—. Me alegro de tu buen éxito. Yo repetiré en julio. Quería aparentar indiferencia y paseando luego en compañía de su compañero a lo largo del Embankment intentó hablar de cosas indiferentes. Dunsford, en su cordialidad, quería hablar sobre lo que había producido las calabazas, pero Philip se obstinó en hablar de otra cosa. Se hallaba extraordinariamente mortificado, y el hecho de que Dunsford, considerado por él como un muchacho bueno pero estúpido, hubiera sido aprobado, hacía que su fracaso le resultara insoportable. Se había mostrado siempre orgulloso de su inteligencia y ahora comenzaba a dudar de ella. Durante los tres meses de estudio que llevaban, los estudiantes se habían dividido ya en grupos. Se distinguieron los brillantes, los inteligentes, los estudiosos y por fin los que nada valían. Las calabazas de Philip no sorprendieron a nadie más que a él. Era la hora del té y el joven sabía que muchos de ellos se encontrarían en el sótano, pero los que habían triunfado se mostrarían muy contentos y los calabaceados como él le harían patente su solidaridad. Hubiera deseado, por instinto, no acercarse al hospital en una semana, volviendo cuando ya hubiera estado la cosa completamente olvidada. Pero se impuso a sí mismo bajar al salón de té sólo para infligirse un sufrimiento. Olvidó momentáneamente su famosa máxima que aconsejaba seguir sus propias inclinaciones mientras lo que se haga no llame la atención del policía situado en la esquina de la calle. Era como si una extraña morbosidad de su naturaleza le hiciera encontrar cierto placer en atormentarse. Pero más tarde, una vez soportada la prueba, volviendo a su alojamiento mientras escuchaba aún el rumor de las conversaciones de sus compañeros, se sintió terriblemente solo. Se vio a sí mismo absurdo y estúpido. Tenía necesidad de consuelo, y la tentación de ver a Mildred se hizo irresistible. Pensó amargamente que existía poca posibilidad de ser consolado por ella, pero quería verla, aunque no hablaran. A fin de cuentas se trataba de una camarera y estaba obligada a servirle. Inútil negarlo: Mildred era la única persona en el mundo que le interesaba. Ciertamente que era humillante volver al salón de té como si nada hubiera pasado, pero ahora no tenía ya mucho amor propio. Sin confesárselo había esperado cada día que la muchacha le escribiera. De sobra sabía Mildred que una cartita dirigida al hospital le hubiera llegado en seguida, pero no le había escrito; era evidente que no le importaba nada. El joven continuaba repitiéndose entre sí: — Debo verla. Debo verla. El deseo era tan poderoso que le pareció que tardaría demasiado yendo a pie y tomó un coche, a pesar de que era bastante económico y sabía prescindir de cosas como éstas cuando no eran absolutamente necesarias. Permaneció un par de minutos ante la puerta del salón de té. Se le ocurrió que quizá se había marchado ya Mildred de allí y, asustado, entró furioso en el local. La vio en el acto; Philip tomó asiento y la camarera se le acercó sin hacerse llamar. — Haga el favor de traerme un té y un brioche — pidió. Hablaba con dificultad. Por un momento tuvo

miedo de no poder retener las lágrimas. —Creí que se había usted muerto —dijo sonriendo la joven. ¡Sonreía! Por lo visto olvidó completamente la escena que Philip se había repetido a sí mismo centenares de veces. —Pensé que de haber tenido deseos de verme me hubiera usted escrito —respondió Philip. —Tengo mucho que hacer y no me queda tiempo de escribir cartas. Decididamente le era imposible decir una frase amable. Philip maldijo al destino, que le encadenaba a tal mujer. Mildred fue a buscar el té. —¿Quiere que me sienta un momento? —le preguntó cuando volvió. —Sí. —¿Dónde ha estado usted durante todo este tiempo? —En Londres. —Creía que se había marchado fuera a pasar las vacaciones. Entonces, ¿por qué no ha venido usted a verme? Philip la miraba con extraviados y apasionados ojos. —¿No se acuerda usted? Le dije que no vendría más. —Entonces, ¿qué ha venido usted a hacer hoy? Parecía dispuesta a hacerle tragar la última gota de la copa de la humillación. Pero él la conocía bastante para saber que hablaba por hablar. Le hería profundamente sin darse cuenta siquiera. No respondió. —Fue un feo juego aquello de espiarme. Siempre había creído que usted era un gentleman en toda la extensión de la palabra. —No sea mala conmigo, Mildred; no puedo soportarlo. —Es usted un tipo cómico. No logro comprenderle. —Sin embargo, es muy sencillo. Soy tan idiota que la quiero con toda mi alma, y eso que usted no siente el menor afecto hacia mí. —Si fuera usted un gentleman hubiera venido al día siguiente a pedirme perdón. No tenía piedad. Philip miró su cuello y pensó que le hubiera gustado hundir en él el cuchillo que había sobre la mesa. Conocía lo bastante la anatomía para estar seguro de encontrar la carótida. Al mismo tiempo hubiese querido cubrir de besos aquel rostro pálido y delgado. —¡Si al menos consiguiera hacerle comprender lo enamorado que estoy de usted! —Todavía no me ha pedido perdón. Philip se puso palidísimo. La joven no creía haber faltado en nada y quería verle humillado. Philip era orgulloso y durante un momento experimentó el deseo de mandarla al infierno, pero se contuvo. La pasión le envilecía y le hacía despreciable. Estaba dispuesto a todo para no perder a Mildred. Hubo de hacer un gran esfuerzo para pronunciar aquellas palabras. —Me disgusté mucho, Mildred, y le ruego que me perdone. —Ahora que ha dicho usted esto le confieso que también a mí me disgustó no salir con usted aquella noche. Creía que Miller era un caballero, pero me engañé. Lo he mandado a paseo. —¿No querría usted salir esta noche, Mildred? Iríamos a cenar fuera. —No puedo. Mi tía me espera. —Le ponemos un telegrama. En Londres hay servicio telegráfico para el interior de la ciudad (N. del T.) Dígale que la entretienen aquí. No se enterará de nada. Venga, se lo suplico. Hace mucho tiempo que no la veo y tengo necesidad de hablarle. La muchacha se miró el vestido. —No importa que vaya usted así. Iremos a un restaurante modesto. Y luego, al music-hall. Se lo ruego; ¡diga que sí! Me dará usted tanta alegría... Mildred titubeó un momento. Philip la miraba suplicante. —Bien, ¿por qué no? Hace tanto tiempo que no salgo... Philip contuvo con dificultad su deseo de cogerle la mano y cubrirla de besos. 60. Fueron a cenar a Soho. Philip temblaba de alegría. El local no era uno de los más frecuentados entre los restaurantes económicos, donde las personas respetables y adineradas entran creyendo que van a vivir unas horas de bohemia, gastando poco al mismo tiempo. Era un local humilde que regentaban un buen hombre de Ruán y su mujer. Philip lo había descubierto por casualidad. Fue atraído por el escaparate, en el que generalmente estaba expuesto un hermoso filete crudo entre dos platos de legumbres. Servía un camarero francés, el cual tenía la ilusión de aprender inglés en un local donde sólo se reunían extranjeros. Los clientes habituales eran algunas damas de dudosa virtud, un par de parejas, que tenían reservadas sus servilletas, y ciertos tipos extraños que entraban para ingerir apresuradamente una comida modesta. Mildred y Philip pudieron sentarse solos en una mesa. Philip mandó al camarero que fuera a buscar una botella de borgoña a la taberna más cercana. Les sirvieron un potage aux herbes, un bistec aux pommes y una omelette au kirsch. Aquella cena en aquel lugar tenía verdaderamente algo de romántico. Al principio Mildred se mostró un poco reservada: «No tengo mucha fe en estos locales extranjeros. No se sabe lo que ponen en sus complicadas comidas». Pero poco a poco acabó por encontrarse muy a gusto. —Me gusta este sitio, Philip. En él pueden ponerse los codos sobre la mesa, ¿no es verdad? Entró un tipo alto con una melena gris y una barba rala y crespa. Llevaba un abrigo deshilachado y un sombrero de alas anchas. Hizo un breve ademán de saludo a Philip por haberle encontrado ya otras veces. —Parece un anarquista —dijo Mildred. —En realidad lo es. Uno de los más peligrosos de Europa. Ha estado en todas las prisiones del continente y ha asesinado a más personas que cualquier condenado a muerte. Va siempre de paseo con una bomba en el bolsillo, y esto hace que la conversación con él sea más bien difícil, pues cuando no se está de acuerdo con él la deja con ostentación encima de la mesa. Mildred contempló al individuo con sorpresa y horror, y a continuación lanzó una mirada sospechosa a Philip. Viendo que los ojos de éste sonreían, frunció el entrecejo. —Me está usted tomando el pelo. Philip se reía de buena gana. Era feliz. Pero a Mildred no le gustaba que se burlaran de ella. —No me hace gracia que cuenten mentiras. —No se enfade. Le cogió una mano y se la estrechó dulcemente. —Es usted deliciosa y quisiera besar la tierra que pisa. La palidez verdosa de aquel rostro le embriagaba y sus labios pálidos y delgados tenían para él una extraña fascinación. La anemia era causa de que su respiración fuera más bien apresurada. La muchacha tenía casi siempre la boca entreabierta y a Philip le parecía que



esto hacía que su boca fuera más seductora. —Le gusto un poquito, ¿no es verdad? —preguntó a Mildred. —Si no fuera así no estaría aquí con usted, ¿no le parece? Es usted un gentleman en toda la extensión de la palabra. Eso es. Habían acabado de cenar y estaban tomando el café. Philip, renunciando a la economía, se fumaba un cigarro de tres peniques. —No puede usted imaginarse qué alegría experimento al estar sentado frente a usted y poderla contemplar. ¡Lo he deseado tanto! Me sentía francamente mal ante la necesidad de verla. Mildred sonrió y enrojeció ligeramente. Aquella noche, la dispepsia, que de costumbre la atormentaba después de comer, no la fastidiaba demasiado. Se sentía bastante bien dispuesta hacia Philip, y la insólita ternura que había en sus ojos llenaba de alegría al joven. Éste pensaba instintivamente que era una locura caer en manos de aquella mujer. Lo único que hubiera podido salvarle habría sido tratarla con indiferencia y no dejarle comprender la indómita pasión que le quemaba el pecho. Mildred iba a aprovecharse de su debilidad, pero Philip era incapaz de ser prudente en aquel momento. Le contó todas las angustias que había sufrido durante aquellos días, las luchas consigo mismo, sus tentativas de vencer aquella pasión, la esperanza de llegar a triunfar y por fin el hecho de haber descubierto que era más esclavo que nunca. En el fondo no había deseado nunca libertarse de aquel amor. La amaba tanto que no le importaba sufrir. Desnudó su corazón ante ella, haciendo ostentación, con una especie de orgullo, de aquella debilidad. Nada le hubiera producido más placer que seguir hablando en aquel modesto local, pero sabía que Mildred quería divertirse. Estaba inquieta y no había duda de que deseaba marcharse a cualquier otro sitio. Philip no se atrevió a correr el riesgo de aburrirla. —¿Qué diría usted si fuéramos al music-hall? —Le pregunto. Una idea cruzó por su pensamiento: si la muchacha le quería un poco diría que prefería permanecer donde estaban. —En este momento estaba pensando que si nos tenemos que marchar es ya la hora. —Pues vamos. Philip esperó con impaciencia el final de la representación. Había decidido su línea de conducta y, una vez en el carruaje, le pasó el brazo como por casualidad alrededor del talle. Pero lo retiró rápidamente con un pequeño grito: se había pinchado. La muchacha se echó a reír. —¿Ve usted lo que sucede cuando se pone un brazo donde no debe ponerse? —Tendré más cuidado la próxima vez. La abrazó de nuevo. Mildred no opuso resistencia. —¡Qué bien está uno así! —suspiró Philip, feliz. —Desde el momento que está usted contento... Recorrieron San James Street y penetraron en el parque. Philip la besó. Un extraño temor le dominaba y tuvo que hacer acopio de todo su valor. Sin hablar, la joven le ofreció los labios. Aquel beso no pareció agradaarla ni desagradarla. —¡Si supiera usted cuánto lo he deseado! —murmuró Philip. Intentó besarla de nuevo, pero ella volvió la cabeza a otro lado. —Basta con una vez. Con la esperanza de poderla besar nuevamente, Philip la acompañó hasta Herne Hill. En la esquina de la casa donde vivía le preguntó: —¿No quiere darme otro beso? La joven le dirigió una mirada de indiferencia y luego miró en torno suyo para ver si no había nadie en la calle. —¿Por qué no? Philip la cogió entre sus brazos y la besó apasionadamente, pero ella le apartó. —¡Tenga usted cuidado con mi sombrero, loco! ¡Un poco de moderación, diablo! 61. A partir de entonces empezó a verla todos los días. Iba a la sala de té incluso a comer; pero Mildred protestó. Dijo que murmuraban ya, por lo que debía contentarse con el té. Pero la esperaba cada noche para acompañarla a la estación y un par de veces a la semana cenaban juntos. Le hizo pequeños obsequios: una pulsera de oro, guantes, pañuelos y cosas por el estilo. Gastaba más de lo que sus medios le permitían, pero no podía evitarlo. Sólo cuando le regalaba alguna cosa, la muchacha demostraba algún afecto. Sabía el precio de todo y su gratitud estaba en exacta proporción con el valor del regalo. Pero esto no importaba a Philip. Era demasiado feliz cuando Mildred consentía en besarle para reflexionar en los medios gracias a los cuales obtenía esta concesión. El joven sabía que Mildred se aburría los domingos en su casa y se ofreció a ir a buscarla a Herne Hill para acompañarla a misa. —Es necesario ir una vez a la semana a la iglesia. Produce buen efecto, ¿verdad? A continuación la joven se dirigía a su casa para comer y Philip se metía en un restaurante de la vecindad para tomar un bocado. Por la tarde daban un paseo hasta Brockwell Park. No tenían mucho que decirse, y Philip, espantado ante la idea de enojarla —esto era tan fácil—, se estrujaba el cerebro buscando algún tema de conversación. Este paseo no divertía al uno ni al otro, mas para no separarse de ella Philip hacía todo lo posible por prolongarlo, hasta que la muchacha se cansaba y se ponía de mal humor. Él sabía perfectamente que Mildred no le quería. Sin embargo, trataba de suscitar un amor que sabía imposible. Se trataba de una mujer fría. Aunque no tenía ningún derecho sobre ella, no podía menos de mostrarse exigente. Ahora que su intimidad había aumentado le era más difícil aproximarse. A veces se mostraba irritado y dejaba escapar palabras amargas. Se peleaban a menudo. Ella alzaba el gallo y él acababa por someterse y envilecerse. Se sentía irritado contra sí mismo por su falta de dignidad. Se ponía terriblemente celoso cuando la veía hablar con un cliente, y en esos momentos perdía todo dominio sobre sí mismo. La injuriaba, dejaba el local, y luego pasaba una noche sin dormir, revolcándose en la cama, atormentado por los remordimientos y por la cólera. Al día siguiente iba a pedirle perdón. —No te enfades conmigo. Te quiero tanto que no puedo dominarme. —Un día u otro irás demasiado lejos —respondía la joven. A Philip le hubiera gustado ir a casa de Mildred para establecer una mayor intimidad que le diera una ventaja sobre los

conocidos de las horas de trabajo. Pero ella no se lo permitió. —Mi tía lo encontraría extraño. Sin duda, ella no quería que conociese a esa mujer. Había hablado de ella como viuda de un hombre de carrera —era su fórmula para indicar que se trataba de personas distinguidas— y debía saber perfectamente que la buena mujer no era muy a propósito para desempeñar tal papel. Philip suponía que en realidad se trataba de la viuda de un pequeño comerciante. Conocía el snobismo de Mildred, pero no supo hacerle comprender hasta qué punto la vulgaridad de su tía le hubiese dejado indiferente. Su pelea más viva la tuvieron una noche durante la cena, cuando ella le dijo que un señor la había invitado a ir al teatro. Philip palideció y adoptó una expresión rígida. —Espero que no irás. — ¿Por qué no? Es un tipo muy decente y educado. —Yo te acompañaré adonde quieras ir. —No es lo mismo. No puedo ir siempre de paseo contigo. Por otra parte, me ha dicho que fije yo misma el día. Así que iré una de las noches que no salga contigo. De esta forma no perderás nada. —Si tuvieras el más pequeño sentido de las conveniencias, una sombra de gratitud, no se te ocurriría ir. — ¿Gratitud? Si lo dices a propósito de tus regalos puedo restituírtelos. No sé qué hacer con ellos. La voz de Mildred era estridente, como sucedía algunas veces. — ¿Crees que es divertido ir contigo siempre? Oír preguntarse continuamente: ¿me quieres?, ¿me quieres? A la larga produce náuseas. Philip sabía que era una locura continuar preguntándole esto. Pero no podía hacer otra cosa. «Sí, sí, te quiero mucho», era la respuesta. —Sólo que yo te amo de verdad. —No es mi género. No soy amiga de muchas palabras. — ¡Si supieses qué feliz me haría una sola palabra! —Bien, yo digo siempre que es necesario tomarme como soy. Quien no me quiera así puede irse a freír espárragos. Pero a veces la respuesta era más sencilla. — ¡Oh, basta! ¡Déjame en paz! Entonces Philip se enfadaba y no hablaba más. La odiaba. Esta vez le repuso: —Si es así, no sé por qué consentiste en salir conmigo. — ¡Oh!, yo no tenía muchas ganas. Fuiste tú el que me obligaste a salir. Profundamente herido en su orgullo, el joven dijo con violencia: —Te parece cómodo que yo te lleve a comer y al teatro cuando no tienes nada mejor, pero cuando aparece otro me das de lado. ¡Muchas gracias! Estoy cansado de ser el comodín de los demás. — ¿Ah, sí? Yo no permito a nadie que me hable de este modo, y te haré ver muy pronto lo que me importa tu cena. Se levantó, se puso la chaqueta y se precipitó fuera del restaurante. Philip se quedó sentado, decidido a no moverse, pero pocos minutos después subía a un coche para seguirla. Estaba seguro de que había tomado el ómnibus para ir a la estación Victoria; así que llegarían juntos. La vio en la acera de la estación, pero no quiso dejarse ver, deseando pasar inadvertido en el tren. No quería hablarle hasta que no estuvieran en Herne Hill, donde ella no podría huirle. Cuando Mildred estuvo en la calle principal, iluminada y llena de gente, se acercó a ella. — ¡Mildred! La muchacha continuó andando sin mirarle y sin responderle. Philip repitió el nombre de ella. Entonces la muchacha se volvió y le miró. — ¿Qué es lo que quieres? Ya te vi en Victoria. ¿Por qué no me dejas un poco tranquila? —Estoy desolado, ¿no quieres hacer las paces? —No. Estoy cansada de tu carácter y de tus celos. No te quiero, no te he querido nunca y no te querré jamás. Continuó caminando rápidamente. —No tienes un poco de indulgencia para mí — continuó el joven—. Es fácil ser amable o alegre con los indiferentes, pero es imposible cuando se quiere como yo te quiero a ti. Ten piedad, Mildred. No importa que no me quieras; no es culpa tuya. Te pido sólo que me dejes que yo te quiera. La muchacha continuó caminando sin hablar, y Philip vio con angustia que faltaba ya poco para llegar a la esquina de la calle donde ella vivía. Se envileció hasta el extremo de decir frases incoherentes de amor y de arrepentimiento. —Si me perdonas esta vez te prometo que no tendrás que lamentarte más en el porvenir. Podrás salir con quien quieras. Seré muy feliz si vienes conmigo cuando no tengas nada mejor. La joven se detuvo de nuevo, pues habían llegado a la esquina donde se separaban siempre. —Ahora vete. No quiero que vengas hasta mi puerta. —No me iré hasta que no me hayas perdonado. —Estoy cansada de toda esta historia. Philip sintió, como por instinto, que podría decirle una cosa que habría de conmoverla. Se sintió casi enfermo al decir estas palabras: —Tú no sabes lo triste que es ser cojo. Es natural que yo no te guste. Verdaderamente no puedo pretenderlo. —No quería decir eso, Philip —exclamó la joven con un imprevisto acento de piedad—. Sabes que no es eso. Philip continuaba representando su papel y su voz era baja y ronca. — ¡Oh, lo comprendo perfectamente! Mildred le cogió la mano y le miró con ojos llenos de lágrimas. —Te aseguro que no me ha importado nunca, ni siquiera pensé en ello más que los dos o tres primeros días. Philip guardaba un silencio sombrío y trágico. Quería parecer como si la emoción le ahogara. —Sabes que te quiero bien, Philip. Sólo que a veces eres fastidioso. Hagamos las paces. Hagamos las paces, vamos. Le presentó los labios, que él besó con un suspiro de alivio. — ¿Vuelves a ser feliz? — ¡Locamente! Mildred le dio las buenas noches y se alejó hacia su casa. Al día siguiente él le llevó un relojito con un imperdible para colocárselo sobre el vestido. Era una cosa que Mildred deseaba muchísimo. Pero tres o cuatro días después, mientras le servía el té, Mildred le dijo: — ¿Te acuerdas de aquello que me prometiste la otra noche? Mantendrás aquella promesa, ¿no es verdad? —Sí. Philip sabía lo que ella iba a decir y estaba preparado para la frase siguiente: —Esta noche salgo con aquel individuo que tú sabes. —Perfectamente. Espero que te divertirás. — ¿No te disgusta? El joven había aprendido a dominarse. —No me gusta —dijo sonriendo—, pero no quiero hacerme demasiado

pesado. Muy excitada ante la idea de aquella salida, Mildred habló largo y tendido de ella. Philip se preguntaba si lo hacía para atormentarle o porque era inconsciente. Como de costumbre, le perdonaba su crueldad a causa de su estupidez. No era bastante inteligente para comprender cuándo le ofendía. «No es agradable estar enamorado de una muchacha que no tiene fantasía ni espíritu», pensaba escuchándola. Pero estas lagunas la justificaban. De otro modo no hubiera podido perdonarla nunca. —Ha tomado dos localidades para el Tivoli —prosiguió Mildred—. Me ha dicho que eligiera y yo he elegido esto. Cenamos en el Café Royal. Dice que es el sitio más caro de Londres. «Es un gentleman en toda la extensión de la palabra», pensó Philip. Pero apretó los dientes para no hablar. Fue al Tivoli y vio en la segunda fila de butacas a Mildred con su acompañante, un jovencuelo con los cabellos lisos y brillantes y el aspecto afectado del viajante de comercio. Mildred llevaba un gran sombrero negro con plumas de avestruz que le sentaba muy bien. Escuchaba a su acompañante con la tranquila sonrisa que Philip conocía de sobra. No tenía ninguna vivacidad de expresión. Para hacerla reír eran necesarias bromas groseras. Pero Philip notó que estaba interesada y se divertía, y pensó con amargura que aquel joven bien parecido y jovial se adaptaba perfectamente a ella. El temperamento linfático de Mildred hacía que apreciase a las personas bulliciosas. A Philip le gustaba la discusión, pero no sabía charlar. Admiraba la facilidad para bromear que poseían algunos de sus amigos. Lawson, por ejemplo, y la sensación de aquella inferioridad suya le convertía en un hombre tímido y torpe. Lo que a él le interesaba aburría a Mildred. Según ella, los hombres debían hablar de carreras y de partidos de fútbol, cosas de las que él no comprendía nada. Ignoraba asimismo las bromas que podían alegrarla. Desde entonces empezó a leer con asiduidad *The Sporting Times*. 62. Philip no se abandonaba voluntariamente a la pasión que le consumía. Sabía que toda cosa humana es transitoria y que, por lo tanto, ésta estaba destinada a cesar un día u otro. Y esperaba ansiosamente ese día. El amor residía en su corazón como un odioso parásito que se nutría con sangre de su vida y absorbía su existencia tan intensamente que le impedía hallar placer en otra cosa cualquiera. Durante una temporada se había deleitado con el encanto de San James Park y solía ir a contemplar las ramas de un árbol recortadas contra el cielo como en las estampas japonesas. Con sus orillas y escaleras, el Támesis le ofrecía un continuo y mágico espectáculo, y el cielo mudable de Londres había llenado su alma de agradables quimeras. Pero ahora la belleza no significaba nada para él. Cuando no estaba al lado de Mildred se sentía aburrido e inquieto. A veces esperaba distraerse contemplando cuadros, pero atravesaba las salas de la National Gallery como un paseante indiferente, y ningún cuadro le producía emoción. ¡Quién sabe si hubiese apreciado todavía las cosas que tanto le habían gustado! Adoró la lectura, pero ahora los libros no le decían nada, y pasaba las horas de libertad en el saloncito del club del hospital hojeando innumerables periódicos. El amor era un tormento y su yugo un peso insoportable. Philip anhelaba la libertad. A veces se despertaba por la mañana sin sentir nada y su alma se alegraba porque le parecía que ya estaba libre: no amaba. Pero, poco a poco, mientras se despabilaba, el corazón empezaba a dolerle. No estaba todavía curado. A pesar de su loco deseo despreciaba a Mildred y pensaba que la mayor tortura del mundo era amar y despreciar al mismo tiempo. Analizando sus sentimientos, según tenía por costumbre, y discutiendo continuamente consigo mismo, Philip llegó a la conclusión de que sólo convirtiendo a Mildred en su amante podría curarse de aquella desagradable pasión. Lo que le hacía sufrir era un deseo sensual; el día que lo hubiese satisfecho se libraría de aquellas intolerables cadenas. Sabía que Mildred no se sentía atraída hacia él físicamente. Cuando la besaba ardientemente notaba cómo se apartaba de él con inevitable disgusto. Carecía de sensualidad. A veces había intentado despertar sus celos hablándole de aventuras tenidas en París, pero éstas no le habían interesado lo más mínimo. Un par de veces se había sentado en otras mesas, afectando bromear con las otras camareras, pero Mildred se había mostrado indiferente, y tal indiferencia no era fingida. —¿No te has disgustado hoy al verme sentado en otra mesa? —le preguntó una noche mientras la acompañaba a su casa—. Las tuyas estaban todas ocupadas. No era verdad, pero ella no lo contradujo. Aunque su desertión no le hubiera hecho ningún efecto, a Philip le habría sido grato que, por lo menos, hubiese fingido lo contrario. Un reproche hubiera sido como un bálsamo para su alma. — Me parece una estupidez sentarse todos los días en las mismas mesas. Es necesario dar también trabajo a las otras. Cuanto más pensaba en ello, más se persuadía Philip de que el único medio de liberarse era la posesión total. Era como un caballero de la antigüedad, encantado por algún filtro mágico, que buscaba la posición que pudiese restituírle su forma primitiva. Philip tenía una sola esperanza. Mildred deseaba ir a París. Para ella, como para la mayoría de los ingleses. París era el centro de la alegría y de la moda. Había oído hablar de los Magasins du Louvre, donde se pueden adquirir los últimos modelos por la mitad del dinero que se paga en Londres. Una amiga suya había pasado la luna de miel en París y de día no había hecho otra cosa que ir de tiendas y las noches se las había pasado en el Moulin Rouge y en otros lugares parecidos; nunca se había acostado antes de las seis de la mañana. Poco le importaba a Philip el hecho de satisfacer aquel deseo si así conseguía saciar el ansia de ella que le atormentaba. Para aplacar su frenesí cualquier medio le parecía bueno. Había tenido incluso la idea loca y melodramática de

emborracharla. Intentó hacerla beber licores, pero a Mildred no le agradaba el alcohol. Le gustaba que él pidiese champaña, porque era una cosa señorial, mas nunca había bebido más de media copa. La encantaba dejar intacta una copa llena hasta el borde. —Es una cosa que hace comprender a los camareros con quién están tratando. Philip aprovechó una ocasión en que la joven parecía más cordial que de ordinario. Al final de marzo tenía que examinarse de anatomía. Una semana después era Pascua y Mildred tenía tres días de vacaciones. —¿Por qué no nos vamos a París? —sugirió el joven—. Pasaríamos unas vacaciones divertidísimas. —¿Cómo es posible? Te costaría una suma enorme. Philip ya había pensado en ello. La cosa le saldría por unas veinticinco libras. Una suma bastante crecida. Pero estaba dispuesto a gastar por ella hasta el último penique. —¿Qué importa? Di que vendrás, querida. —Y además, ¿te parece bien que yo vaya con un hombre que no es mi marido? No debes hacerme proposiciones semejantes. —Pero ¿qué importa? Philip le habló de las bellezas de la rue de la Paix y del esplendor del Folies Bergère. Describió el Louvre y el Bon Marché; le habló de los cabarets du Néant, de la Abbaye y de los diversos lugares frecuentados por los forasteros. Elogió la parte de París que despreciaba e insistió con el fin de convencerla. —Dices que me quieres —repuso la joven—. Pero si me amaras de veras tendrías deseos de casarte conmigo. Nunca me lo has dicho. —Sabes de sobra que no puedo. Estoy en el primer año de estudio y no ganaré nada antes de que pasen seis años. —¡Oh, si no te hago ningún reproche! Precisamente no me casaría contigo aunque me lo pidieras de rodillas. Más de una vez había pensado Philip en el matrimonio; pero era un paso ante el cual retrocedía. Cuando vivía en París se persuadió de que el matrimonio era una institución ridícula. Además, estaba seguro de que una cadena definitiva sería su ruina. Por otra parte, su instinto burgués hacía que le pareciese horrible el matrimonio con una camarera. Una mujer vulgar le habría impedido tener clientela como debía. El dinero que le quedaba era poco; apenas suficiente para llegar al examen final. Imposible mantener una mujer, aun en el caso de que no tuviesen hijos. Acordóse de Cronshaw, unido a una mujerzuela de ínfima clase, y se estremeció. Estaba seguro de lo que llegaría a ser Mildred con sus maneras afectadas y su escasa inteligencia. Casarse con ella era absurdo. Pero todo esto lo decía su razón, mientras que el sentimiento le decía que debía conseguir aquella mujer fuese como fuese, incluso aunque tuviera que llegar al matrimonio. ¡Al diablo el porvenir! Hubiera sido un desastre. Cuando una idea le obsesionaba no podía pensar en otra cosa, y conseguía dar con una multitud de razones para justificar su deseo. Rechazó todas las objeciones. Cada día que pasaba sentíase más atado a ella y el amor insatisfecho le volvía irritable y nervioso. —¡Juro que si me caso con ella le haré pagar todo este sufrimiento! —se dijo hablando consigo mismo. Al final no pudo soportar más tiempo aquella angustia. Una noche, después de haber cenado en el pequeño restaurante de Soho, adonde iban a menudo, se aventuró. —Dime una cosa: ¿hablabas en serio el otro día cuando dijiste que no te casarías conmigo si te lo pidiera? —Claro, ¿por qué? —Porque no puedo vivir sin ti. Tengo necesidad de tenerte siempre conmigo. He intentado curarme, pero no he podido y no podré nunca. Deseo que seas mi mujer. Mildred había leído demasiadas novelas para no saber cómo debía aceptar la oferta. —Estoy muy contenta. Tu propuesta me halaga enormemente. —¡Oh, no digas tonterías! ¿Te casarías conmigo? —¿Crees que seríamos felices? —No, pero ¿qué importa? La frase le salió casi contra su voluntad. Mildred pareció sorprenderse. —Eres cómico, ¿sabes? ¿Por qué quieres casarte ahora? El otro día dijiste que eras demasiado pobre. —Creo que me quedan cerca de mil cuatrocientas libras. Viviendo con economía, dos personas pueden gastar como una sola. Lo que tengo nos bastará hasta que haya logrado mi título y haya practicado en el hospital. Después entraré en él como ayudante. —Esto significa que durante seis años no ganarás nada y tendremos que vivir hasta entonces con unas cuatro libras a la semana, ¿no estoy en lo cierto? —Poco más de tres. He de pagar, además, la matrícula. —Y como ayudante, ¿cuánto ganarás? —Tres libras a la semana. —¿Y tendrás que estudiar tanto tiempo y gastar un pequeño capital para llegar a ganar tres libras a la semana? Me parece que eso no es una gran ventaja. Philip calló un instante. —Entonces no quieres —dijo con voz ronca—. ¿Mi gran amor no significa nada para ti? —Es necesario que una piense en sí misma, querido. No digo nada en contra del matrimonio, pero no me seduce mucho la idea de casarme para estar como estoy ahora. ¿A santo de qué? —Si me quisieras bien no hablarías así. —Seguramente. Philip calló de nuevo y bebió un vaso de vino para deshacer el nudo que sentía en la garganta. —Mira aquella muchacha que sale ahora —continuó Mildred—. Ha comprado el abrigo que lleva en el Bon Marché, en Brixton. Lo vi en el escaparate la última vez que pasé por allí. Philip sonrió amargamente. —¿De qué te ríes? Es verdad. Recuerdo que dije a mi tía que no compraría nunca un objeto que hubiese estado expuesto en un escaparate, pues todos saben lo que uno ha pagado por él. —No acierto a comprenderte. Me haces tremendamente infeliz y te pones luego a hablar de tonterías que no tienen ninguna relación con lo que estamos hablando. —Eres descortés conmigo —repuso irritada, la muchacha—. Es natural que me fijara en ese abrigo, pues le había dicho a mi tía. . . — ¡Me importa un bledo lo que le dijiste a tu tía! — ¿Por qué me hablas de este modo tan vulgar? Sabes que no me gusta. Philip sonrió un poco, pero sus ojos despedían llamas. Permaneció un momento en silencio, mirándola sombríamente. La odiaba, la despreciaba

y la amaba. —Si yo tuviera una onza de buen sentido no te vería nunca más —dijo finalmente—. ¡Si supieras cómo me desprecio por quererte! —No eres muy amable. —En fin —dijo riendo Philip—, vamos al Pavillon. —Eres extraño. Te echas a reír cuando menos se lo espera una. Pero si te hago desgraciado, ¿por qué quieres llevarme al Pavillon? Puedo también irme a casa. —Porque soy menos desgraciado contigo que lejos de ti. —Me gustaría saber lo que verdaderamente piensas de mí. Esta vez Philip se rio abiertamente. —Querida, si lo supieras no me dirigirías más la palabra. 63. Philip fue calabaceado en el examen de anatomía de finales de marzo. Él y Dunsford habían estudiado juntos sobre el esqueleto perteneciente a Philip; los dos jóvenes se habían dirigido recíprocamente una infinidad de preguntas hasta saberse de memoria todas las articulaciones y la razón de ser de cada coyuntura y surco de la estructura humana. Pero en el aula del examen fue presa del mayor pánico y por un irrazonable temor a equivocarse fue incapaz de responder. Seguro de no ser aprobado, ni siquiera se tomó la molestia de ir al día siguiente a ver la tablilla. Este segundo fracaso le situó definitivamente entre los ignorantes y perezosos del curso. Philip no experimentó un gran disgusto. Tenía otras cosas en que pensar. Se decía entre sí que Mildred debía de tener sentidos, como todo el mundo. Había que procurar despertar esos sentidos. El joven tenía sus teorías sobre la mujer y estaba convencido de que para todas llega un momento en que ceden. Era cuestión de esperar la ocasión, conservar la sangre fría, frenarse, aprovechar el cansancio físico, que abre el corazón a la ternura, y, por fin, ser para ella el refugio contra todos los aburrimientos cotidianos. Le habló de sus amigos de París y de las bellas mujeres con las que sostenían relaciones. La vida que le describía estaba llena de alegría y fascinación y completamente desprovista de vulgaridad. Mezclando a sus recuerdos las aventuras de Rodolfo, Mimí y Musette, volcaba en el oído de Mildred historias que hablaban de una pintoresca pobreza llena de canciones y de carcajadas y de amores fuera de la ley, completamente románticos por obra y gracia de la belleza y de la juventud. No atacaba nunca de frente los prejuicios de la joven, pero trataba de hacerle comprender que estaban pasados de moda. No se dejaba ya turbar por sus desatenciones ni se irritaba ante su impaciencia. Estaba seguro de haberla enojado. Hizo un esfuerzo para mostrarse afable y divertido. Ya no se le vio un gesto de cólera, ni se le oyó un lamento ni un reproche. Cuando Mildred faltaba a una cita, al día siguiente se presentaba Philip sonriendo y, al oír sus excusas, él respondía que no le importaba. No dejaba nunca que viese sus sufrimientos. Había comprendido que su desesperación le cansaba y hacía lo imposible por esconder los sentimientos importunos. Evidentemente, su conducta era heroica. Sin hacer alusión a aquel cambio, ya que no se daba cuenta de él, Mildred sufría, sin embargo, su influencia. Se mostraba más confidencial, le contaba sus pequeños disgustos —siempre tenía algún motivo de queja contra la encargada de la sala de té, contra su tía o contra alguna de las compañeras—, se había vuelto habladora, y, si bien no decía más que vulgaridades, Philip no se cansaba de oírla. —Me gustas cuando no me hablas de amor —le dijo una vez Mildred. —No deja de ser lisonjero para mí —repuso Philip. Mildred no se daba cuenta de que le hería profundamente ni del esfuerzo que a él le costaba responderle con despreocupación. —¡Oh!, puedes besarme de vez en cuando. No me molesta y a ti te gusta. A veces llegaba incluso a pedirle que la llevara a comer, y esta petición hecha por ella le transportaba al quinto cielo. —No lo haría con ningún otro —decía la muchacha casi excusándose—. Pero contigo sé que puedo hacerlo. —No podrías proporcionarme placer más grande. Una noche, hacia últimos de abril, le pidió que la llevara a cenar. —Perfectamente. Y luego, ¿adónde quieres ir? —¡Oh, a ningún sitio! Permaneceremos charlando. ¿No te disgusta? —Todo lo contrario. Sin duda empezaba a quererle. Tres meses antes la idea de una velada pasada charlando la habría fastidiado. Era una bella noche y la primavera hacía que Philip se mostrase más alegre. Estaba habituado a contentarse con poco. —Tendremos un magnífico verano —le dijo mientras se dirigían a Soho en autobús, ya que ella misma había sugerido la idea de economizar el coche—. Podremos ir a pasar todos los domingos a orillas del Támesis. Llevaremos la merienda en un cestito. Mildred sonrió ligeramente y Philip se sintió con valor suficiente para cogerle una mano. —Creo de veras que empiezas a quererme un poco —dijo sonriendo. —¡Qué tonto eres! Ya sabes que me gustas. De otro modo no estaría aquí. ¿No te parece? Eran antiguos clientes del pequeño restaurante del Soho y la patrona los acogió con una pequeña sonrisa. —Deja que yo elija la cena esta noche —dijo Mildred. Philip, encontrándola más encantadora que nunca, le dio la lista, y la muchacha eligió sus platos preferidos. En realidad no había gran variedad. Ellos ya habían comido muchas veces todo lo que el restaurante podía ofrecerles. Philip se mostraba alegre. La miraba a los ojos y se extasiaba contemplando todas las perfecciones de sus pálidas mejillas. Al final ella encendió un cigarrillo. Fumaban muy raras veces. —No me gustan las mujeres que fuman —decía. Titubeó un instante y luego añadió: —¿No te ha sorprendido cuando te he pedido que me trajeras a cenar? —Me he sentido feliz. —He de decirte una cosa. Philip le lanzó una rápida mirada y sintió que se le encogía el corazón. Pero había aprendido a dominarse. —Adelante —dijo sonriendo. —No te enfadarás, ¿verdad? Me voy a casar. —¿De veras? No encontró otra frase. Había considerado a menudo esta eventualidad pensando lo que haría y lo que diría. Había previsto con angustia su desesperación, pensando en la cólera que se

apoderaría de él. Pero seguramente agotó por anticipado aquellas emociones, de suerte que al llegar el momento se sintió únicamente privado de fuerza. De la misma manera, después de una enfermedad grave, la vitalidad se halla tan disminuida que uno se siente indiferente a todo y sólo se desea permanecer tranquilo. —Comprende, el tiempo pasa. Tengo veinticuatro años y es necesario que me coloque. Philip permaneció silencioso. Miró a la patronne, sentada en la caja, y luego sus ojos se fijaron un momento en la pluma rosa que una cliente llevaba en el sombrero. Mildred se irritó. —Podrías felicitarme. —Sí, sí, claro. Sólo que dudo que sea verdad. Lo he soñado tantas veces... Encuentro cómico haber mostrado tanta alegría cuando me has pedido que te condujera aquí. ¿Y con quién te casas? —Con Miller —respondió la muchacha enrojando. —¿Miller? —dijo Philip estupefacto—. Pero si hace meses que no os veis. —Vino a comer la semana pasada y me ha pedido que me case con él. Está ganando mucho dinero. Siete libras por semana y con esperanzas de aumento. Philip guardaba silencio. Recordó que Miller había gustado siempre a la muchacha. La divertía, y ella sufría inconscientemente la fascinación exótica de lo extranjero. —Era inevitable —dijo al cabo el joven—. Tenías que entregarte al mejor postor. ¿Cuándo es la boda? —El sábado próximo. Tengo ya la licencia matrimonial. —¿Tan pronto? —Sí; haremos sólo la ceremonia civil. Emil lo prefiere así. Philip se sentía cansadísimo. Deseaba dejarla e irse directamente a la cama. Pidió la cuenta. —Te dejaré en un coche que te llevará hasta la estación Victoria. Creo que no tendrás que esperar mucho a que haya tren. —¿No vienes conmigo? —Prefiero no ir, si es que esto no te disgusta. —Como quieras —contestó Mildred altiva—. Entonces ¿te veré mañana a la hora del té? —No; creo que será mejor cortar por lo sano. No veo por qué razón has de continuar haciéndome desgraciado. El coche está pagado. Hizo un ademán, a manera de saludo, intentando sonreír; luego se encaramó en un ómnibus y regresó a casa. Encendió la pipa antes de irse a la cama, pero le costaba tener los ojos abiertos. No sufría. Cayó en un sueño profundo apenas hubo puesto la cabeza sobre la almohada. 64. Pero hacia las tres de la mañana se despertó sin poderse volver a dormir. Empezó a pensar en Mildred. Intentó borrarla de su pensamiento, pero no lo consiguió. Continuaba repitiéndose la misma cosa. Era inevitable que se casara. La vida era difícil para una muchacha obligada a trabajar, y desde el momento que encontraba un hombre que le ofrecía un hogar no podía decirse que hiciera mal si aceptaba. Philip reconocía que desde el punto de vista de Mildred casarse con él hubiera sido una locura. Sólo el amor podía hacer soportable tal pobreza y ella no le amaba. No era culpa suya. Era un hecho que no quedaba más remedio que aceptar. Philip intentó razonar. Se dijo que en la profundidad de su corazón se escondía el orgullo mortificado. La pasión había empezado con una herida del amor propio. He aquí el origen de su desventura. Se despreciaba a sí mismo no menos de lo que la despreciaba a ella. Intentó hacer proyectos para el porvenir, siempre los mismos, interrumpidos por el recuerdo de un beso en la pálida mejilla de Mildred, de su voz, de su acento arrastrado. Tendría que trabajar mucho durante el verano para prepararse para el examen de química y para repetir las dos asignaturas en que le habían suspendido. Tenía abandonados a todos sus amigos del hospital, pero ahora necesitaba compañía. Por fortuna, Hayward le había escrito quince días antes anunciándole que pasaba por Londres e invitándole a cenar. Philip, para no verse acaparado, rechazó la invitación, pero ahora Hayward iba a volver para la season y Philip se prometió escribirle. Al fin el reloj dio las ocho. Se levantó pálido y cansado, pero después del baño y del desayuno se reconcilió un tanto con el mundo. Su sufrimiento se había aplacado. No tenía ganas de andar ni de asistir a las lecciones y, en su lugar, fue a unos grandes almacenes para adquirir el regalo de boda de Mildred. Después de muchos titubeos se decidió por un juego de tocador. Valía veinte libras, mucho más de lo que él podía permitirse, pero era vistoso y vulgar. Mildred sabía su precio exacto, y Philip experimentó una melancólica satisfacción eligiendo un regalo que le gustaría y en el cual encontraba la medida del desprecio que le inspiraba. Veía acercarse con inquietud la fecha del matrimonio. Sentía una angustia intolerable. Así que cuando recibió aquella mañana una carta de Hayward diciéndole que llegaba aquel día experimentó una sensación de alivio. Llegaría bastante pronto e iría a buscar a Philip para que éste le ayudase a encontrar alojamiento. Ansioso de distraerse, Philip consultó el horario, y habiendo encontrado el tren en el que Hayward podía llegar, fue a esperarle a la estación. Los dos amigos volvieron a verse con entusiasmo. Hayward propuso antes de todo ir a pasar una hora en la National Gallery. Llevaba mucho tiempo sin ver cuadros y sentía la necesidad de ello para estar en armonía con la vida. Desde hacía varios meses Philip no había tenido ocasión de hablar de arte ni de literatura. Después de su estancia en París, Hayward se había sumido en la lectura de los poetas franceses modernos, y como aquel momento había abundancia de ellos, deseaba hablar a Philip sobre algunos genios recientemente descubiertos. Recorrieron la Gallery, deteniéndose ante varios de sus cuadros preferidos. De un argumento pasaban a otro, discutiendo animadamente. El sol brillaba y el aire era cálido. —Vamos a sentarnos en el parque —propuso Hayward—. Nos cuidaremos del alojamiento después del almuerzo. La primavera era agradable en medio del verde. Era uno de aquellos días en que se siente la alegría de vivir. El follaje de los árboles se dibujaba exquisitamente en el pálido azul, en el cual vagaba la masa gris del cuartel de los guardias de a caballo. La elegante armonía del paisaje tenía la

fascinación de un cuadro del siglo XVIII. No hacía pensar en Watteau, cuyos paisajes, demasiado idílicos, recordaban solamente los bosques vistos en sueños, sino al más prosaico Juan Bautista Pater. Sentía Philip algún bienestar. Comprendía ahora lo que había leído tantas veces: el arte —pues era el modo como él consideraba a la naturaleza— puede liberar el alma del sufrimiento. Fueron a almorzar a un restaurante italiano y pidieron una botella de chianti. Mientras comían hablaron de mil cosas, de las personas que habían conocido en Heidelberg, de los amigos de Philip en París, de libros, de cuadros, de moral, de la vida. De pronto, Philip oyó dar las tres. A aquella hora Mildred ya estaría casada. Sintió un golpe en el corazón y durante un minuto o dos no comprendió lo que le estaba diciendo Hayward; pero se llenó de chianti el vaso. No estaba habituado al alcohol, y se le subió en seguida a la cabeza. Por lo menos durante aquel momento no pensó en nada. Su viva inteligencia había permanecido inactiva durante tantos meses que la conversación bastaba para embriagarle. Sentíase feliz al tener a alguien con quien hablar, alguien a quien le interesaban las mismas cosas que le interesaban a él. —Oye, no perdamos este bello día yendo a buscar un alojamiento. Esta noche dormirás en mi casa. Ya buscarás uno mañana o el lunes. —Perfectamente. Entonces, ¿qué vamos a hacer? —Me acuerdo de mi llegada a París —contaba Philip sonriendo—. Clutton, me parece, hizo un largo discurso para explicar que son los pintores y los poetas los que creen en la belleza. Considerados en sí mismos, no hay una gran diferencia entre el campanario de Giotto y la chimenea de una fábrica. Las obras maestras nacen de las emociones que despiertan a las generaciones sucesivas; por eso las cosas antiguas son más bellas que las modernas. La Oda a una urna griega es más bella hoy que cuando fue escrita, pues durante cientos de años la han leído enamorados y corazones afligidos que han encontrado consuelo en ella. Philip dejó que Hayward descubriera que era el paisaje que se extendía ante sus ojos lo que le había sugerido aquellas impresiones. Una imprevista reacción contra la vida de sus últimos tiempos le empujaba ahora a expresarse con afectación. El delicado iris del aire de Londres daba una dulzura de pastel a la piedra de los edificios, y a los almacenes y las escaleras la gracia severa de una estampa japonesa. Continuaron río abajo. El espléndido canal, símbolo de un gran imperio, se alargaba lleno de barcos de toda clase. Philip pensó en los pintores y poetas que habían hecho tan bellas todas aquellas cosas y sentía el corazón rebosante de gratitud. Alcanzaron la cuenca de Londres. ¿Puede describirse la majestuosidad? La imaginación vuelve a ver los personajes que todavía pueblan aquella vasta extensión: el doctor Johnson con Boswell a su lado, y el viejo Pepys que sale a bordo de un acorazado; el fútil de la historia de Inglaterra; la novela, la gran aventura... Philip se volvió hacia Hayward con los ojos brillantes. — ¡Amado y viejo Dickens! —murmuró sonriéndose un poco de su emoción. — ¿No te desagrada haber dejado la pintura? —preguntó Hayward. —No. —Supongo que te gustará la medicina. —No; la detesto, pero no tenía otra cosa que hacer. El trabajo de los dos primeros años es odioso, y, desgraciadamente, no tengo temperamento científico. —Sin embargo, no puedes continuar cambiando de profesión. —No; proseguiré atado a ésta para siempre. Creo que me gustará más cuando trabaje en los cursos del hospital. Me parece que los seres humanos me interesan más que todo el mundo. A lo que parece, la única profesión en la que se conserva la libertad es ésta. Los pensamientos van con uno dentro del cerebro, y con una cajita de instrumentos quirúrgicos y algunas medicinas se gana uno la vida en cualquier parte. — ¿Entonces no tienes intención de formarte una clientela? —Durante algún tiempo, no. Después de cumplido mi servicio en el hospital haré que me nombren médico de a bordo. Deseo ir a Oriente —el archipiélago malayo, Siam, la China— y en seguida me saldrá por allí algo que hacer. No sé, una epidemia de cólera en la India, o cualquier otra cosa por el estilo. Quiero viajar, ver el mundo. El único medio de conseguir tal cosa quien no tenga medios es la profesión de la medicina. Llegaron a Greenwich. El noble edificio de Íñigo Jones se alzaba en la otra parte del río. — Debe de ser aquél el lugar donde el pobre Jack se zambullía en el agua fangosa para recoger el dinero que le tiraban —dijo Philip. Pasearon por el parque, destrozado a causa de los pequeños harapientos que corrían y jugaban. Aquí y allá, viejos pescadores tomaban el sol. Había creído uno estar viviendo cien años atrás. —Es lástima que perdieras aquellos dos años en París —dijo Hayward. — ¿Que perdí dos años? Mira el movimiento de aquel niño, mira la sombra que los árboles dibujan en el suelo, mira el cielo... Nunca habría notado todo esto si no hubiese estado en París. A Hayward le pareció que Philip ahogaba un sollozo y se volvió para mirarle asombrado. — ¿Qué tienes? — Nada; me disgusta ser tan exageradamente sensible. Pero desde hace seis meses no sabía lo que era la belleza. — Eras un hombre muy positivo antes. Es interesante oírte hablar ahora de esta manera. —No tengo ni la más remota intención de parecer interesante —dijo riendo Philip—. Vamos a tomar un té sustancioso. 65. La visita de Hayward hizo mucho bien a Philip. A medida que pasaban los días su pensamiento iba alejándose de Mildred. Miraba su pasado con disgusto. No sabía cómo había podido soportar la ignominia de tal amor, y cuando pensaba en Mildred era con una profunda cólera y no menos odio por la humillación sufrida. Ahora la veía con todos sus defectos, aumentados hasta el punto de que el recuerdo de su intimidad le estremecía. —Esto demuestra lo débil que soy — decía entre sí. La aventura era como un error grosero cometido durante una recepción: el único remedio era olvidar.

A esto se agregaba el horror por la degradación sufrida. Era como una serpiente que mudase la piel; la vista de los viejos despojos le producía náuseas. Y sentía un íntimo alborozo al verse nuevamente dueño de sí. Se arrepentía de haber malgastado tanta alegría cuando vivía sumido en esa locura que se llama amor; tenía ya suficiente, y si el amor era así, no quería saber más de él. Contó a Hayward parte de lo que había sufrido. — ¿No era Sófocles —preguntó— quien pedía que le librasen de la fiera salvaje que le devoraba las fibras del corazón? Verdaderamente le parecía haber renacido. Respiraba como no había respirado nunca, y gozaba de todas las cosas con una alegría infantil. Llamaba a su período de locura «seis meses de trabajos forzados». Hacía pocos días que Hayward se encontraba en Londres cuando Philip recibió, reexpedida desde Blackstable, una invitación para el barnizado de una exposición privada de cuadros. Philip llevó con él a Hayward y al mirar el catálogo vio que había un cuadro de Lawson. —Será él el que habrá enviado la invitación —dijo Philip—. Vamos a buscarle; seguramente estará delante de su cuadro. Éste, un perfil de Ruth Chalice, estaba colocado en un ángulo, y, efectivamente, Lawson no estaba muy lejos. En medio de la gente elegante, con un sombrero de alas anchas y sus trajes claros y holgados parecía un poco asustado. Saludó a Philip con entusiasmo, y con su acostumbrada volubilidad le contó que había llegado para establecerse en Londres, que Ruth Chalice era una mujer trivial, que había alquilado un estudio, que París ya no era un retrato... y que lo que tenía que hacer era ir a cenar con él para charlar. Philip le recordó lo que ya había advertido Hayward, y se divirtió mucho viendo a Lawson impresionado por el traje elegante y las maneras de su amigo. Durante la cena, Lawson continuó facilitando noticias. Flanagan se había vuelto a América, Clutton había desaparecido. Convencido de que no había posibilidad de llegar mientras permaneciera en contacto con el arte y con los artistas, se había alejado. Para facilitar la cosa rompió con todos sus amigos, diciéndoles a todos verdades desagradables y acabando por declarar que iba a establecerse en Gerona, pequeña ciudad española que le había gustado cuando se dirigía en tren a Barcelona. En la actualidad vivía allí, solo. — ¡Quién sabe si alguna vez acertará a hacer algo bueno de veras! —dijo Philip. Le interesaba el lado humano de aquella lucha denodada por expresar algo que no estaba claro ni para el mismo Clutton. En su desesperación, éste había acabado por volverse morbosamente amigo de peleas y de discusiones. Philip se daba cuenta vagamente de que estaba en el mismo caso, pero para él era la dirección que debía imprimir a su vida lo que le dejaba perplejo. Pero no tuvo tiempo de continuar pensando en ello, pues Lawson se puso a contarle lo que había sucedido con Ruth Chalice. La muchacha le había dejado por un joven estudiante recién llegado de Inglaterra y se estaba comportando de un modo escandaloso. A decir verdad, alguien debería intervenir para salvar a aquel joven, pues de lo contrario Ruth acabaría por arruinarle. Philip se dio cuenta de que lo que más lamentaba Lawson era que el rompimiento con la joven se efectuó antes de que estuviese terminado un retrato en que ella le servía de modelo. — ¡Las mujeres no están dotadas del sentido del arte! ¡Y aún pretenden que sí! —y acabó filosóficamente—. En realidad me sirvió ya de modelo para cuatro cuadros, y no estoy muy seguro de que este último pudiese ser el mejor. Philip no pudo menos de envidiar la desenvoltura con que el pintor hablaba de sus asuntos amorosos. Había pasado dieciocho meses muy agradablemente, tuvo una modelo espléndida que le salió gratis y acabó separándose de ella sin mucho sufrimiento. — ¿Y Cronshaw? — ¡Oh, está acabado! —exclamó Lawson con la alegre insensibilidad de los jóvenes—. No vivirá ni seis meses. El invierno pasado tuvo una pulmonía. Ha estado seis semanas en el hospital inglés y al salir le dijeron que si quería curarse del todo había de renunciar a la bebida. — ¡Pobre diablo! —dijo sonriendo Philip. —Durante algún tiempo pudo contenerse. Continuaba yendo a Lilas, pues no podía dejar de hacerlo, pero bebía solamente leche caliente avec de la fleur d'oranger y se ponía extraordinariamente pesado. —Esto último ya cuidaríais vosotros de hacérselo notar. — ¡Oh, ya lo sabía él! Poco tiempo después se dio de nuevo al whisky diciendo que era demasiado viejo para empezar una página nueva. Es mejor ser feliz durante dos meses y luego morir que aburrirse mortalmente durante cinco años. Además, creo que está en las últimas. No ha ganado nada mientras estuvo enfermo y la mujer que vive con él se las ha hecho pasar negras. —Recuerdo que le admiré extraordinariamente la primera vez que le vi —dijo Philip—. Me pareció algo fuera de lo común. En suma, es lamentable que la vulgar virtud burguesa acabe siempre por tener razón. —No valía nada. Tarde o temprano tenía que terminar así. A Philip le sorprendió el hecho de que Lawson no viera nunca el lado piadoso de las cosas. Cierto que se trataba de causa y efecto, pero en aquella implacable concatenación estaba toda la tragedia de una existencia. — ¡Ah, me olvidaba! —continuó Lawson—. Después de tu partida mandó un regalo para ti. Como creía que tú ibas a volver no me cuidé de enviártelo; además, no valía la pena. Llegará a Londres junto con mi ropa. Puedes venir cualquier día a buscarlo a mi estudio. —No me has dicho de qué se trata. — ¡Oh, es un trozo de viejo tapiz! No creo que valga nada. Un día le pregunté por qué te hacía tal regalo y me contestó que lo vio en una tienda de la rue de Rennes y lo había comprado por quince francos; parece que se trata de un tapiz persa. Dice que tú le preguntaste el significado de la vida y que aquello era la respuesta. Pero cuando me lo dijo estaba completamente embriagado. Philip se echó a reír. —Sí, ya lo sé. Intentaré confiarme el secreto. Era una de sus manías. Decía que tengo que



encontrar la respuesta yo solo, pues de lo contrario no tendría ningún valor. 66. Philip, aunque estudiaba intensamente, no se fatigaba. Tenía mucho que hacer, ya que en junio iba a sufrir tres exámenes, pero la vida le parecía agradable. Había encontrado una nueva amistad. Buscando una modelo, Lawson encontró a una muchacha que trabajaba como comparsa en un teatro y, a fin de convencerla mejor para que posara, la invitó a comer un domingo. La muchacha se presentó acompañada de una amiga, y Philip, invitado a hacer el cuarto, recibió el encargo de atender a ésta. Encontró la ocupación agradable, pues la amiga hablaba por los codos y su conversación era divertida. Ella misma fue la que propuso a Philip que fuese a buscarla. Vivía en Vincent Square y estaba siempre en casa para el té. Philip fue a su casa, y, complacido de la buena acogida que le dispensaron, volvió. Mistress Nesbit no tenía más de veinticinco años; pequeña, de rostro feo pero simpática, ojos vivaces, los pómulos abultados y la boca saliente, recordaba, por el excesivo contraste de sus colores, un retrato de la escuela moderna francesa: piel blanquísima, mejillas muy encarnadas, cejas pobladas y cabellos de ala de cuervo. El efecto era extraño, pero agradable. Separada del marido, ganaba para vivir ella y su hijita escribiendo novelitas baratas; un par de editores se habían especializado en el género y el trabajo no le faltaba. La pagaban mal, quince libras por una historia de treinta mil palabras. —Después de todo, a los lectores les cuesta sólo dos peniques —decía—, y a ellos les gusta encontrar siempre el mismo tema. No hago otra cosa que cambiar el nombre. Cuando estoy cansada pienso en la lavandera, en el alquiler de la casa, en los trajes para la niña y sigo adelante. Además de aquello trabajaba como comparsa en diversos teatros, y con esto ganaba, en los períodos de trabajo, de dieciséis chelines a una guinea por semana. Al final de la jornada se encontraba tan cansada que dormía como un leño. Su espíritu le permitía reír en los momentos de mayor dificultad. A veces le ocurría encontrarse sin un céntimo. Entonces sus escasos utensilios tomaban el camino del Monte de Piedad de la Wauxhall Bridge Road, y comía pan y manteca hasta que el horizonte se despejaba. Pero nunca perdía la alegría. Philip se interesó por aquella existencia modesta y ella le hizo reír con la fantástica narración de sus luchas. Le preguntó por qué no escribía alguna cosa más literaria, pero mistress Nesbit sabía perfectamente que no tenía talento. El abominable engendro que escribía a tanto el millar de palabras estaba en realidad bien pagado, puesto que era lo mejor que podía producir. No tenía ninguna esperanza para el porvenir si no era la de continuar con su vida modesta. Carecía de parientes y sus amigos eran tan pobres como ella. —No pienso en el futuro —decía—. Cuando tengo bastante para pagar tres semanas de alquiler y una o dos libras para comer, no pienso en otra cosa. La vida no valdría la pena de ser vivida si tuviera que preocuparme del porvenir como del presente. Cuando todo va mal acaba por suceder cualquier cosa. Muy pronto Philip tomó la costumbre de ir a tomar el té a su casa, pero para que esta visita no fuese gravosa le llevaba siempre bizcochos, una libra de mantequilla o un paquete de té. Empezaron a llamarse por sus nombres. La simpatía femenina era una cosa nueva para el joven, y el tener una persona que escuchara de buena gana sus desahogos le producía una verdadera alegría. Las horas pasaban velozmente y Philip no ocultaba su admiración por aquella deliciosa compañera. No podía menos de parangonarla con Mildred y ver el contraste entre la obstinada estupidez de ésta, incapaz de interesarse en aquello que no conocía, y la rápida inteligencia de esta otra. Se le encogía el corazón al recordar que había corrido el riesgo de encontrarse ligado para toda la vida con una mujer como Mildred. Una noche contó a Nora toda la historia de sus amores. No era ciertamente una aventura para enorgullecer a nadie, pero era muy agradable para él que le escucharan y al mismo tiempo le comprendieran. —Menos mal que se ha desligado usted —dijo al cabo la mujer. A veces tenía un extraño modo de inclinar la cabeza parecido al de un cachorro de Aberdeen. Estaba sentada en un sillón con el respaldo recto y cosía porque era incapaz de permanecer ociosa. Philip permanecía acurrucado a sus pies, sentado en un cojín. —No puedo decir todo lo feliz que me hace el que se haya acabado todo —suspiró el joven. — ¡Pobre amigo! Debe de haber pasado usted días muy tristes —murmuró Nora, y para demostrarle su simpatía le puso una mano en el hombro; Philip la cogió y la besó, pero ella la retiró inmediatamente. — ¿Por qué ha hecho usted eso? —preguntó enrojeciendo. — ¿Le disgusta? Ella le miró un momento con ojos sonrientes. —No —respondió. Philip se irguió de rodillas y la miró. Nora le miraba a su vez y su boca temblaba. — ¿Y bien? —preguntó. —Es usted una mujer encantadora. Estoy muy contento por su bondad. Me gusta usted mucho. —No sea usted loco. Philip la cogió por los codos y la atrajo hacia sí. La joven no resistió. Se inclinó un poquito y él besó sus labios rojos. — ¿Por qué ha hecho usted eso? —replicó Nora. —Porque es agradable. Ella no respondió, pero una expresión más dulce apareció en sus ojos. Le acarició el cabello. —Es estúpido conducirse de este modo. ¡Éramos tan buenos amigos! Hubiera sido tan bello dejar las cosas como estaban. . . —Si verdaderamente quiere usted apelar a la mejor parte que hay en mí, haría bien no acariciándome la mejilla como lo está haciendo. Nora rio un poquito, pero continuó: —Hago mal, ¿no es verdad? Sorprendido y un poco divertido Philip la miró y vio que sus ojos languidecían con una expresión que le encantó. De pronto se le encogió el corazón y sintió un nudo en la garganta. — ¡Nora! ¿Me quería usted por casualidad? —le preguntó incrédulo. — ¿Cómo puede un muchacho tan inteligente hacer una pregunta tan tonta? —

¡Oh, querida! Nunca me habría atrevido a esperarlo. La abrazó y la besó; riendo, enrojeciendo y llorando. Nora se abandonó a su abrazo. Philip la soltó y, apoyándose sobre los talones, la miró con curiosidad. —Me parece imposible. — ¿Por qué? — ¡Estoy tan asombrado! — ¿Está usted contento? — ¡Soy feliz! Y estoy orgulloso y reconocido. Le cubrió las manos de besos. Fue el principio de una felicidad que a los dos les pareció sólida y duradera. En Nora había un instinto maternal que hallaba satisfacción en su amor por Philip. La joven tenía necesidad de acariciar a alguien, de consolarle, de colmarle de atenciones, y su temperamento doméstico encontraba placer preocupándose de su salud y de su ropa. Su deformidad, que hacía tan sensible a Philip, le inspiraba compasión. Y esta compasión se traslucía en ternura. Joven, fuerte y sana, le parecía natural dar su amor. Poseía un espíritu alegre y le gustaba Philip porque se reía de todo lo que ella encontraba divertido. Cuando se lo dijo, Philip respondió alegremente: —Tonterías. Te gusto porque estoy callado y no te contradigo nunca. En realidad Philip no la amaba. Sentía afecto por ella y se divertía y se interesaba por su conversación. Nora hacía que recobrara la fe en sí mismo, y ponía un bálsamo sobre las heridas del amor propio. Aquel amor le halagaba. Admiraba aquel valor, aquel optimismo, aquella fe constante en el destino. Le gustaba su pequeña filosofía práctica e ingenua. —Creo en Dios y me parece que no le debe importar mucho lo que hagamos mientras una cumpla sus propios deberes y ayude en lo que pueda a los otros. Y creo que, en general, las personas son buenas. Compadezco a las que no lo son. —Y de la otra vida, ¿qué piensas? — ¡Oh!, no sé nada, pero espero que sea lo mejor posible. De todos modos no habrá alquiler que pagar ni novelitas que escribir. Poseía el don femenino de la adulación delicada. Estaba convencida de que Philip había necesitado un gran valor al abandonar París consciente de que no llegaría nunca a ser un gran artista, y le hacía objeto de una admiración entusiasta que le encantaba. Philip se había preguntado a menudo si su gusto indicaba valor o falta de propósito; era feliz ahora al ser considerado un héroe. Nora se arriesgó incluso a tocar un asunto que sus amigos evitaban instintivamente. —Es una tontería que te preocupes tanto por ese pie —vio cómo Philip enrojecía vivamente—. La gente no se fija. Lo nota la primera vez que te ven y luego lo olvidan. El joven no respondió. — ¿Estás enfadado conmigo? —No. Le pasó un brazo alrededor del cuello. —Hablo sólo porque te quiero bien y no quiero que eso te haga infeliz. —Puedes decirme todo lo que quieras —replicó Philip sonriendo—. Quisiera poder demostrarte todo lo agradecido que te estoy. La influencia de Nora se manifestaba también de otro modo. La joven no quería que Philip fuese quisquilloso y se echaba a reír cuando perdía la calma. Incluso hizo que se mostrase más cortés. —Haces de mí lo que quieres —le dijo. — ¿Te disgusta? —No; estoy contento de hacer lo que te gusta. Philip tenía el buen sentido de comprender su felicidad. Le parecía que Nora le decía todo aquello para darle una mujer sin quitarle la libertad. Era la amiga más simpática que había tenido, dotada de una comprensión que jamás encontró en un hombre. La parte sensual no era la más importante en sus relaciones: las completaba sin ser esencial. La satisfacción de los sentidos hacía que Philip se mostrase más tranquilo y sereno, completamente dueño de sí. A veces recordaba el invierno durante el cual había vivido obsesionado por una pasión horrenda, y experimentaba una gran repugnancia al pensar en Mildred y disgusto hacia sí mismo. Los exámenes se aproximaban y Nora se interesaba por ellos. Su impaciencia le lisonjeaba y le conmovía. La joven le hizo prometer que iría a decirle cuanto antes el resultado del examen. Esta vez le aprobaron sin dificultad en las tres asignaturas, y cuando fue a llevarle la noticia, ella rompió a llorar. — ¡Qué contenta estoy! Me preocupaba tanto... —Tontita —repuso Philip, pero tenía un nudo en la garganta. —Y ahora ¿qué harás? —Puedo tomarme una temporada de vacaciones, convencido de que he cumplido mi deber. Hasta octubre no he de volver a estudiar... —Supongo que irás a Blackstable, a casa de tu tío. —Te equivocas. Me quedaré en Londres para divertirme a tu lado. —Preferiría que te fueras. — ¿Por qué? ¿Te has cansado de mí? La joven se echó a reír y le puso la mano sobre los hombros. — Porque has trabajado mucho y estás cansado. Necesitas un poco de aire y de reposo. Te lo ruego, vete. Philip guardó silencio durante un momento; le dirigió una mirada de afecto. —No creería a ninguna otra, pero sé que tú sólo piensas en mi bien. Me gustaría saber lo que encuentras en mí. — ¿Entonces me darás un certificado de buena conducta para un mes de libertad? —dijo ella riendo alegremente. —Sí; diré que eres buena y afectuosa, que no eres fastidiosa ni exigente, que eres fácil de contentar. —En suma, un montón de tonterías. Yo, a mi vez, te diré una cosa; soy una de las pocas personas que he sacado partido de la experiencia. 67. Philip esperaba con impaciencia el retorno a Londres. Durante los dos meses que pasó en Blackstable, Nora le escribió largas cartas con su caligrafía grande y franca, contándole alegremente los pequeños acontecimientos de la jornada: las luchas domésticas de su patrona (argumento que proporcionaba inagotables motivos de risa), las cómicas aventuras de sus ensayos (se preparaba para tomar parte en un importante espectáculo teatral) y sus bufos altercados con su editor. Philip leía mucho, nadaba, jugaba al tenis y practicaba la navegación a vela en una canoa. A principios de octubre volvió a Londres para empezar de nuevo el trabajo. Estaba impaciente por llegar a los exámenes del segundo año, con el fin de terminar la parte árida de los estudios. Transcurridos éstos, el estudiante se ponía en contacto con los enfermos y

practicaba lo que había aprendido en los libros. Philip veía a Nora cada día. Lawson había pasado el verano en Poole, donde hizo muchos bocetos del puerto y de la playa. Le habían encargado tres retratos y se proponía permanecer en Londres hasta que llegase la época de la niebla. También Hayward estaba en Londres. Estaba decidido a pasar el invierno en el extranjero, pero aplazaba su partida de semana en semana, incapaz de decidirse. Desde hacía dos o tres años había empezado a engordar —habían pasado cinco años desde que conociera a Philip en Heidelberg— y a perder el cabello. Aquella calvicie le producía un gran disgusto y se dejaba crecer el pelo de atrás para cubrirse la cabeza. Se consolaba pensando que su cabeza tenía ahora un aspecto más noble. Sus ojos azules se habían descolorido. Sus párpados eran pesados y la boca, que había perdido ya las líneas rectas de la juventud, era pálida y débil. Hablaba todavía vagamente de lo que haría en el porvenir, pero con menos convicción, persuadido de que sus amigos ya no creían en él. Después de dos o tres vasos de whisky no necesitaba un gran esfuerzo para expresarse en tono elegíaco. —Soy un fracasado —murmuraba—. No me he adaptado a la brutalidad de la lucha por la vida. Todo lo que puedo hacer es permanecer aparte y dejar que la gente vulgar se afane por encontrar el camino del placer. Quería dar la impresión de que fracasar en la vida es cosa más delicada y exquisita que triunfar en ella. Insinuaba que su indiferencia era debida a sus disgustos por todo lo que era bajo y trivial. Hablaba admirablemente de Platón. —Creía que Platón era ya un asunto acabado —dijo Philip impaciente. — ¿De veras? Hayward enarcó las cejas. No estaba dispuesto a continuar hablando sobre aquel argumento. Hacía algún tiempo que había descubierto la dignidad del silencio. —No veo la necesidad de leer y releer siempre lo mismo —continuó Philip—. Eso no es otra cosa que una forma laboriosa de la pereza. —Entonces te crees tan inteligente como para comprender a la primera lectura al escritor más profundo, ¿no es así? —No tengo ninguna necesidad de comprenderlo. No soy un crítico. No me intereso en sus obras por él, sino por mí. —Siendo así, ¿por qué lees? — En parte por placer y en parte por costumbre. Echo de menos la lectura como puedo echar de menos el fumar. Además, leo también para conocerme a mí mismo. Cuando leo un libro me parece leerlo sólo con los ojos, pero a lo mejor comprendo perfectamente un fragmento aunque solamente se trata de una simple frase que tiene un significado para mí, y que llega a ser parte de mí mismo. He sacado entonces del libro todo lo que puedo sacar de él; la obra no puede darme más, aunque la leyera diez veces. A mí me parece que somos como capullos cerrados; la mayor parte de lo que leemos no produce efecto sobre nosotros, pero de repente aparece una frase que posee un particular significado y hace que un pétalo se abra. Y uno a uno, tras el primero, se abren todos los pétalos y la flor aparece granada. No se hallaba muy satisfecho de esta metáfora, pero no sabía explicar de otra manera lo que de manera imprecisa sentía. —Se te antoja hacer esto, ser aquello —y Hayward se encogió de hombros—. Es una cosa vulgar. Philip conocía ahora perfectamente a Hayward. Este era débil y vanidoso, tan vanidoso que hacía falta mucho cuidado para no herirle; confundía la pereza con el idealismo hasta el punto de no poder separar ambas cosas. Un día, en el estudio de Lawson, conoció a un periodista y se interesó en su conversación. Una semana después el redactor jefe del periódico le dirigió unas líneas proponiéndole que escribiese algún artículo de crítica. Durante cuarenta y ocho horas Hayward padeció la angustia de la indecisión. Había hablado durante tanto tiempo de una ocupación de éste género que no se sentía con el valor necesario para rechazarla; pero la idea de tener que hacer cualquier cosa le llenaba de pánico. Finalmente declinó la oferta y respiró libremente. —Me hubiera impedido trabajar —dijo a Philip confidencialmente. — ¿En qué? —preguntó el otro con acento brutal. —En el desenvolvimiento de mi vida interior. Siguió diciendo bellas palabras sobre Amiel, el profesor de Ginebra cuyo brillante ingenio prometía una gran obra que nunca fue terminada. Después de su muerte, el motivo de que las cosas hubiesen ocurrido así y su justificación fueron reveladas, al mismo tiempo, en un maravilloso y minucioso Diario encontrado entre sus papeles. Hayward sonreía enigmáticamente. Pero hablaba siempre de literatura con un gusto exquisito y elegante juicio. Su interés constante por las ideas hacía de él un agradable compañero. En realidad las ideas no producían sobre él ningún efecto, pero las manejaba como hubiese hecho con bellas porcelanas, observando con placer la forma y los colores, apreciándolas mentalmente. Luego las colocaba de nuevo en un estante y no pensaba más en ellas. Hayward hizo un gran descubrimiento. Una noche, después de una larga preparación, condujo a Philip y a Lawson a una taberna de Beack Street, notable no sólo por sí misma y por su historia —recuerdo glorioso del siglo XVIII, el cual excitaba las imaginaciones románticas—, sino también por su tabaco, que era el mejor de Londres y, sobre todo, por su punch. Hayward los siguió a través de un salón largo y ancho, más bien oscuro, decorado con cuadros que representaban desnudos femeninos. Eran grandes alegorías de la escuela Haydon. Pero el humo, el gas y la atmósfera de Londres les había dado una pátina que los hacía parecer telas de antiguos maestros. Las tapicerías oscuras, el oro macizo y opaco de las cornucopias, las mesas de caoba daban a la sala un aspecto suntuoso. Los divanes de cuero a lo largo de las paredes eran muelles y profundos. Enfrente de la puerta, colocado encima de una mesa, había un cráneo de morueco que contenía el famoso tabaco. Pidieron punch, lo

bebieron. Era un ponche caliente al ron, indescriptible. El vocabulario modesto, los sencillos epítetos de esta narración son inadecuados para elogiarlo; los términos pomposos, las frases exóticas, apenas serían suficientes. Calentaba la sangre y aclaraba las ideas, llenaba el alma de bienestar, preparaba la mente para poder expresar cosas ingeniosas y apreciar el espíritu de los demás. Contenía la imprecisión de la música y la exactitud de las matemáticas. Una sola de sus cualidades podía parangonarse con cualquier otra. Poseía el calor de un corazón generoso, pero su gusto, su perfume, su color aterciopelado, no pueden ser expresados con palabras. Charles Lamb, con su tacto infinito, podría haber pintado cuadros exquisitos de la vida de su época; Lord Byron, en una estrofa de Don Juan, mirando hacia lo imposible, podría haber llegado a lo sublime; Oscar Wilde, amontonando joyas orientales sobre brocados bizantinos, podría haber creado una belleza turbadora... Visiones de las orgías de Heliogábalo y sutiles armonías de Debussy mezcladas con el acre perfume de armarios cerrados en cuyo interior se conservaban vestidos, collares, casacas de generaciones olvidadas; con un olor desvaído de lirios del bosque, de queso Cheddar... La taberna donde se expendía aquel precioso brebaje la había descubierto Hayward por medio de cierto Macalister que había sido compañero suyo en Cambridge. Era un agente de cambio con ribetes de filósofo. Solía ir a la taberna un día a la semana, y muy pronto Philip, Lawson y Hayward tomaron la costumbre de encontrarse con él todos los martes por la noche. La evolución de la moda hacía que fuera un lugar poco frecuentado y esto era una gran ventaja para los que gustaban de la conversación. Macalister era un individuo pequeño y gordo, provisto de un gran rostro carnosos y la voz aflautada. Estudiaba a Kant y juzgaba todas las cosas desde el punto de vista de la razón pura. Le gustaba exponer sus doctrinas, que Philip escuchaba con vivo interés. Desde hacía mucho tiempo el joven había llegado a la conclusión de que nada le divertía tanto como la metafísica, pero no estaba seguro de su eficacia en las vicisitudes de la vida. El pequeño sistema que se había formado para su uso como resultado de sus meditaciones en Blackstable no le había sido de gran utilidad durante el tiempo que estuvo enamorado de Mildred. No podía asegurar que la razón ayudase mucho en los cambios de la vida. La vida, según le parecía a él, se vivía sola. Recordaba la violencia de la pasión que le había poseído y su imposibilidad de obrar, como si hubiera estado sujeto con una cuerda. Los libros le ofrecían sabias teorías, pero él sólo podía juzgar por su propia experiencia —no sabía si era distinto de otros—; era incapaz de calcular el pro y el contra de cada acción, las ventajas de llevarla a cabo y los males que podrían derivarse de su omisión: todo su ser era arrastrado por una corriente irresistible. Ésta no tenía nada que ver con la razón, la cual se limitaba a indicarle los medios de realizar los deseos de su alma. Macalister le recordó el imperativo categórico. —Obre de modo que cada acción que lleve a cabo pueda convertirse en regla universal para todos los hombres. —Me parece una estupidez. —Obra usted muy a la ligera tratando de ese modo un principio establecido por Manuel Kant. — ¿Por qué? Reverenciar lo que dicen los otros es una cualidad destructiva. Hay demasiado respeto en el mundo. Kant pensaba ciertas cosas, no porque fuera verdad, sino porque era Kant. — Entonces, ¿qué objeción hace usted al imperativo categórico? Hablaba como si estuviera en juego el destino del Imperio. — Eso sugiere que puede elegirse el propio destino con un poco de voluntad. Y que la razón es la guía más segura. — ¿Por qué el dictamen de la razón ha de ser mejor que el de la pasión? Son distintos; eso es todo. — Entonces usted es el esclavo satisfecho de su pasión. — Soy esclavo porque no puedo menos de serlo —repuso riendo Philip—, pero sin que ello me alegre. Mientras hablaba pensaba en la pasión que le había empujado hacia Mildred. ¡Cuánto le había irritado y de qué modo había sentido su degradación! «¡Gracias a Dios, en la actualidad me he libertado de ella!», pensó. Pero no estaba completamente seguro. Durante la influencia de la pasión había conocido un vigor especial y su cerebro había trabajado con insólita actividad. Se sentía más vivo, más excitado. Su alma experimentó un ardor que hacía que la vida actual le pareciera un poco opaca. Sus sufrimientos de entonces encontraron una compensación en aquel prodigioso flujo de vitalidad. Pero sus imprudentes palabras le habían enzarzado en una discusión sobre el libre albedrío, y Macalister, dotado de una memoria prodigiosa, opuso argumento tras argumento. Poseía un espíritu enamorado de la dialéctica y obligó a Philip a contradecirse. Le colocó entre la espada y la pared de modo que sólo pudiera salvarse a cambio de sacrificar su teoría después de escaparse de la trampa de la lógica y haber estado sometido a numerosos aforismos. Concluyó por decir: —No puedo decir nada de los demás; sólo puedo hablar de mí. La ilusión del libre albedrío está demasiado grabada en mí para que pueda librarme de ella, pero de todos modos creo que es una ilusión. Éste es, sin embargo, uno de los motivos más poderosos de mi acción. Antes de obrar me doy cuenta de que puedo elegir, y eso influye sobre mi decisión. Pero cuando la cosa está hecha me convengo de que era de todo punto inevitable. — ¿Y qué deduce usted de ello? — preguntó Hayward. — Sólo la vanidad de lamentarse. Inútil lamentarse por la leche vertida, ya que toda la fuerza del universo se había coligado para hacer que se me cayera de la mano la vasija. (*western michigan university grand rapids beltline campus*).

**Audiolibro Servidumbre**  
**Humana W Somerset Maugham**  
**Cap Tulos 57 Al 67**

**>>>Haga Clic Aquí<<<**

**<https://Ensayo.icu>**